



Tiempos de colonia

Celia E. Vernaz

PA
42.208



CORREGIDOR

Médiathèque VS Mediathek



1011042396

2

TIEMPOS DE
COLONIA

CELIA E. VERNAZ

TIEMPOS DE COLONIA

2ª Edición
2004

5199859



CORREGIDOR

PA 42.208

Vernaz, Celia

Tiempos de colonia.- 1ª. ed. – Buenos Aires : Corregidor, 2004.
160 p. ; 20x14 cm.

ISBN 950-05-1531-8

1. Ensayo Argentino I. Título
CDD A864

Diseño de tapa:
P.P.



MEDIATHEQUE
MEDIATHEK
wallis wallis

Todos los derechos reservados

© Ediciones Corregidor, 2004
Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.
Web site: www.corregidor.com
e-mail: corregidor@corregidor.com
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
I.S.B.N.: 950-05-1531-8
Impreso en Buenos Aires - Argentina

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etc. Cualquier reproducción sin el permiso previo por escrito de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

*No saber lo que ha ocurrido antes de
nosotros es como seguir siendo niños.*

Cicerón

CONSIDERACIONES GENERALES

La Colonia San José es el fruto de las corrientes inmigratorias del siglo pasado. Varias circunstancias se han dado al unísono contribuyendo a su surgimiento no muy meditado, pues ella ha sido el resultado de algunas situaciones particulares, tanto europeas como argentinas.

La falta de trabajo en las laderas alpinas, la apertura de América a la colonización y la esperanza de una vida mejor impulsan a miles de montañeses a inscribirse en casas contratistas que se ocupan del traslado de emigrantes, con grandes ganancias. A su vez, Estados Unidos, Brasil y Argentina ofrecen sus tierras para poblar. En nuestro caso, la Constitución de 1853 ampara a todos los que llegan brindando sus brazos al país.

El Gobernador de Corrientes, D. Juan Pujol, había solicitado un contingente para su provincia, pero al demorarse el mismo, anula el pedido justo cuando aquel parte por la Casa Beek y Herzog. Al llegar a Buenos Aires se enteran de la situación angustiante en que más de cien familias no son recibidas por nadie. Entonces solicitan al Presidente de la Confederación Argentina, General Justo José de Urquiza, que les dé una solución. Efectivamente, en sus planes de gobierno se habían planteado varias veces la necesidad de fundar Colonias para la explotación agrícola, de manera que acepta enseguida ubicarlos en Entre Ríos. Primero se radican en el Ibicuy, pero como son

terrenos inundables, se trasladan a campos sobre el río Uruguay entre el arroyo de la Leche y el Perucho Verna.

El agrimensor Carlos Sourigues marca inmediatamente las concesiones y el Dr. Alejo Peyret, nombrado administrador, procede a la distribución de los grupos, dándose como fecha de fundación, el 2 de julio de 1857.

El núcleo de inmigrantes, formado en su mayoría por suizos franceses y alemanes, saboyanos y piamonteses, comienza a crecer con la llegada de parientes y amigos llamados a través de largas cartas donde les hablan del suelo benigno y las buenas cosechas, sin ocultar los problemas a que están expuestos. Las casas son hechas con piedras, ladrillos y madera del lugar. La labranza se desarrolla con gran entusiasmo, y aunque los comienzos llevan la marca de tiempos duros, luchan y se afincan formando una Colonia próspera, protegida por Urquiza, quien les da pronto un puerto, fundando la Villa de Colón el 12 de abril de 1863.

Todas las costumbres europeas son trasplantadas al nuevo medio, aunque deben aceptar modalidades del país adoptado. Las construcciones son realizadas con sótano, altillo y techo a dos aguas por si la nieve era intensa. Sólo una vez se produjo el fenómeno en la región. La alimentación, basada en leche, harina y carne de cerdo, tiene sus antecedentes en el lugar de origen pues las tareas para obtener los productos se han hecho en la misma forma. Los utensilios son traídos de sus hogares y si algo falta lo fabrican con sus propias manos. Las vestimentas, las fiestas, los hábitos, las creencias religiosas, tienen continuidad según el estilo de vida de cada uno. El idioma, especialmente el patois, se lo sigue hablando durante muchos años, si bien algunos incorporan poco a poco el español, empleado en la educación de los hijos, ya que la enseñanza oficial se imparte en esta lengua.

Los colonos son conservadores en sus gustos e inclinaciones, junto con sus hijos, quienes acostumbran a respetar seriamente las modalidades paternas y sus prácticas en el trabajo. El arado simple conducido por los mayores sigue en uso sin variantes en manos de sus descendientes. Los modismos que han caracterizado al inmigrante son heredados, casi calcados por quienes continúan su línea sanguínea imprimiendo el sello particular de cada familia.

Estas observaciones se aplican perfectamente durante el primer siglo de existencia de la Colonia ya que todo se ha conservado con apenas algunas modificaciones. Es la época en que los cambios no se operan sino a fuerza de años, la vida se desliza a paso lento, sin apresuramientos, como si nunca fuera pensado el llegar. El ayer es tan igual al hoy que el mirar hacia atrás se pierde en el pozo de un tiempo casi ilimitado. Hasta hace sólo unos años se ha visto todavía al carro playero con su carga en el pueblo, las voiantas y los sulkys alrededor de la iglesia, los vendedores de puerta en puerta con canastos en cada brazo llenos del producto de la tierra, el linyera recorriendo caminos, el lechero repartiendo la leche con el litro en cada casa, el carnicero llevando el corte a domicilio, el relojero ambulante, la tienda en una jardinera. No hace mucho se ha detectado algún abuelo gringo sentado bajo una enramada hilvanando pensamientos y soñando aún con aquel bagaje de ilusiones por las cuales ha cruzado los mares, pero en su rostro severo, casi de piedra, nada se adivina ni trasunta de ese misterio al que uno quisiera penetrar para poder comprender. También es fácil encontrar aquel semblante antiguo de mujer, con el delantal sobre sus largas faldas, zuecos y medias de lana, una pañoleta en la espalda y un foulard en la cabeza enmarcando sus arrugas como surcos trazados a punzón. Tampoco se sabe qué desfila por su mente cuando en un

cansado atardecer pierde su mirada en el espacio buscando una estrella a la sombra de un rayo de sol.

Pero son pocos los que hoy pueden mirar sus raíces y penetrar en ellas para apreciar el árbol al que pertenece su rama. La vida moderna no da tiempo ni para reflexionar que el ser humano ha nacido ayer en camino hacia el mañana. ¿Qué ayer si ya no se lee, la televisión avasalla las horas, se corre todos los días tras algo que no se alcanza nunca, y la agitación se convierte en sosiego que tampoco permite ver con claridad el futuro? Se vive en el cambio con apuro, por rutas asfaltadas y comunicados con el mundo al instante, verdaderas maravillas de fines del siglo XX pertenecientes al progreso que se acepta y se aplaude por ser frutos del ingenio del hombre. Pero ello no implica olvidar las tradiciones que han cimentado la actual sociedad e ignorar el proceso evolutivo de la humanidad con sus aportes positivos.

Esa cruz que señala un nombre en el cementerio recuerda a aquel que ha hecho la amelga primera, debatiéndose con las lluvias, la langosta, las heladas, triunfando al final en su empeño; o aquella otra con un epitafio tan significativo como la del anterior, pues la semilla esparcida era el Evangelio, reposando ahora al lado de la madre que criando docenas de hijos hacía tiempo para empuñar la mancera, más tantas tareas de la casa. ¿Acaso está en vano esa lista que descansa ya porque han pasado, bien o mal, por el mismo sendero que hoy recorre otra generación que le sucede? Víctor Hugo se levantaría de su tumba para gritar: "Ciel, oublier les morts!".

En el silencio del Museo duerme su eternidad el arado de madera hecho con dos ramas de árbol y una estaca afilada para trazar el surco, la azada para cubrir las semillas, la tahona para moler el grano, la prensa para la uva, el tonel para el vino. Muy cerca está el vestido de la abuela, el reloj marcando las horas, los zuecos que tantas amelgas han recorrido, más la taza, el plato, la

cuchara. Hace menos de cincuenta años, todo se ha usado dentro del quehacer diario; se podría decir que casi no tienen edad todavía. ¿Cómo no recordar aquellos testimonios de la vida de antes que van quedando aprisionados en el corazón de las personas, ya que todos, al final de la carrera, reproducen con ternura la infancia desarrollada en la casa paterna, jugando en la parva, o en el carro, o tomando mate cocido en la chacra? Esperar la agonía para revivir los sueños de niños, es cuestión de criterios.

Esa atmósfera lejana del trabajo, la siembra, la cosecha, las fiestas, participando juntos tres generaciones en la gestación de la que hoy se está viviendo, es el basamento de nuestras actitudes, nuestros hábitos, nuestras normas éticas, pese a los extravíos, desviaciones y falta de memoria de muchos. Aunque crucen más seguido los aviones, suene el teléfono y funcione la computadora, hay en el fondo un sentimiento de amor y rescate hacia el pasado, aquel que no puede lograr un archivo ni una biblioteca: las experiencias vividas junto a los que se han ido.

El placer de recordar, escribiendo, es la razón de los capítulos siguientes.

CHACRAS

EL SURCO

Tierra negra en la loma. Ya es tiempo de arar. En varios atardeceres se ha hablado de ello preparando en la mente una postura de trabajo asentada a fuerza de pensarlo, como un preámbulo que sintetiza los hechos. El eco avanza hasta el confín, empujado por los preparativos de un rito que indudablemente es milenario y se perpetúa en la búsqueda permanente del pan. En miradas tendidas y plenas de sabiduría se cobija la distancia hasta el alambrado abrazando la extensión en plenitud. La idea va tomando forma definida con cierta emoción que se contiene. Sí, hay que arar.

La madrugada, sombreada todavía por el ruedo de la noche, empieza a romper sus vestiduras con el misterio encantado de las primeras claridades matinales. Aromas de pastos humedecidos se unen al relincho del zaino que con una mansedumbre casera presiente el movimiento que anticipa el trabajo. Al acariciarle la crin, baja la cabeza resignado y a la vez satisfecho de saber, si es que los animales pueden, que es útil e imprescindible tirando ese hierro que el hombre ha ideado para rasgar la superficie donde se pisa. Equino y arado conforman la unidad perfecta para la obra. Ellos son colocados en exacta geometría calculada por instinto y sapiencia heredada; detenidos un instante junto al límite de la chacra, el minuto es suficiente para el

credo legendario del labriego, porque su pensamiento es un rezo y su silencio, otra plegaria hilvanada a través de largos años.

Quinientos metros al frente y en línea recta: no sea que el vecino encuentre una curva en el trazo y use este error como saludo hasta la próxima arada. El instante de la partida está envuelto en un halo indescifrable en que el dominio juega abiertamente en la situación. El aire fresco llega muy profundo. Es bueno. Las manceras parecen inclinadas, encorvadas, sumisas, como si hablaran de alguna confidencia surgida por tantas experiencias vividas. En la superficie bruñida de la reja hay un reflejo metálico que se apaga. Se pierde el lucero en la campiña besada tiernamente por la aurora quien, extendiendo sus dedos rosados en los últimos suspiros de la noche, da el nacimiento de la mañana.

Y entonces se oye intensamente un ¡vamos!, que resuena con tono grave. Se mueve el zaino. Pareciera ensayar un paso olvidado sobre las tablas, pero el ritmo entra pronto en la cadencia de los astros, y avanza con fuerza. ¡Está arando! El metal penetra en la tierra haciendo un tajo derecho. Bendito sea el surco que aquí empieza para llegar hasta la siembra. Caen los terrones en vuelta salomónica desgranándose en parte con polvo oloroso que se esparce apenas. Una lombriz sorprendida se retuerce en mil contorsiones buscando una forma de sobrevivir al filo occurrente que rozara su lunga figura. Se asemeja al trapequista de un circo que lucha por oír los aplausos, pero es único en la escena, y se adormece en el sueño sin esperanzas. La caída mortal se produce junto a un semillero desparramado por el corte de los tallos yacentes ante el paso fatal. Todo sucede tan rápido que la visión se escapa del alcance humano.

El trazo marcado se alarga estirado en lontananza mientras un mundo extraño se descubre adentro. Cada hormiguero ha sido herido en sus entrañas desesperándose los heroicos habi-



tantes hasta la inevitable confusión. La tosca mulita huye espantada por la conmoción de la que es parte; el nido de teros ha sido destrozado y los pichones intentan refugiarse en el hueco más cercano. Pero enérgica y ágil en sus movimientos, como insultando con reproches paganos el atentado de molestar su reposo, la culebra salta y salta rabiosa tratando de ocultarse en un ángulo oportuno; pareciera dispuesta a no perdonar jamás el desafío del hombre.

Un curioso pájaro llega de cualquier parte, porque no se sabe de dónde, con grandes alas y un largo pico, y otros le siguen encantados con tanto sustento surgido de repente. Todos recorren entre saltos y cortos vuelos esa raya negra que se ha formado en la madrugada sorpresivamente: da la impresión de que se termina de servir un gran banquete dentro de la naturaleza dadi-

vosa. La vida se agita ahí como en los suburbios de las fábricas en hora de salida: teros, palomas, horneros, devoran hasta el hartazgo, pero un perro que corre por los quinientos metros recién trazados buscando a su dueño, produce la dispersión de las aves que se alejan como pequeños planeadores de combate que han de volver.

Esto recién comienza. Si cada surco contara su historia a través de los días y de los años, el amor a la tierra sería más grande y el misterio de amarla, una mística oración.

MAÍZ

Un día cualquiera. La chacra duerme la siesta con el vientre repleto en su carga de maíz maduro. Las hojas caen desmayadas junto a la caña que apenas la sostiene, sin retener en sus formas siquiera el rastro de su esbeltez matizada de verde en etapa de floración. En lo alto ha quedado un penacho cabizbajo, petrificado sobre un contorno similar a aquellos estandartes de culturas milenarias que hoy reposan en los museos, muertos. Cada planta muestra un ropaje desgarrado, terminado, sin vida en su color, cubriendo pudorosamente a sus espigas cuyos granos vigorosos y apretados en bizantina contextura se ocultan con natural sabiduría. Alguna enredadera ha osado treparse con rapidez gozando de tan magnífico pedestal para sus débiles tallos, permitiendo imaginar un efímero dominio sobre esa parte de la tierra.

El cuadro que se observa desde la rústica tranquera buscando sus límites, se ha escapado de una galería impresionista anónima pero universal. Acercando la lente a una realidad palpitante surge un silogismo que impera inexorablemente marcado por el tiempo: hay que juntar el maíz. No se puede esperar mucho.

Cada recolector lleva una bolsa o saco con una correa calzada en el hombro que le permite el libre movimiento de las manos. Seguir una amelga es la mejor forma de realizar con método este trabajo. Las primeras espigas desprendidas, envuel-

tas en su chala plisada como por un fino modisto, sugieren creaciones imaginativas alentadoras: el granero repleto, alimento para todo el año, tal vez algunos pesos. Se avanza rápido, y al llenarse el saco se forman montones equidistantes que luego serán transportados en carros hasta el galpón.

Casi no se habla en la tarea, pues cada uno se concentra en la mecánica del movimiento acompasado, siguiendo un ritmo admirable que va devorando las horas sin sentir las. De vez en cuando se rompe el silencio apoyado en esa caña que se quiebra con una queja seca y tajante, o también, con el grito sorpresivo cuando es una víbora la que está enroscada en la planta disimulando su existencia con una coloración similar a la naturaleza. No falta el nido de tero o de perdiz con sus huevos o pichones para dar calidez de vida en la chacra, mientras la liebre, con saltos equilibristas de circo improvisado emprende la huida delatada por los ladridos de un perro que la persigue eufórico.

La cosecha es abundante. Mirando el trayecto recorrido y las pilas extendidas a lo largo, se mide el futuro. El carro aparece para hacer el transporte. Gruesos maderos enmarcan la caja asegurando que nada se pierda en el camino, se lo llena hasta el tope, y azuzando a la tordilla que más quiere comer que tirar, el carrero se acomoda en ese mullido asiento en lo alto de la carga, tomando la dirección de la casa. El cuesta arriba se hace pesado, pero revoleando por el aire el arreador de tientos que ha sido terminado en la última lluvia aprovechando que había barro para otro trabajo, los caballos van tirando bien.

Bajo techo se deposita toda la cosecha pues enseguida empieza la otra tarea, o sea, deschalar la espiga. Los vecinos se acercan contentos porque seguro que la ocupación será una fiesta. En efecto, alrededor de la gran pila se van ubicando las personas sentadas en cajones, cueros, troncos u otros asientos improvisados. Un clavo puesto en la punta de un marlo o made-

ra es suficiente para desprender las farfollas, desnudar el maíz arremangando sus vestiduras y quebrar luego todo por la base. Hacia un lado se arroja la chala y hacia el otro, la espiga; cada uno trata de impresionar por la rapidez de la obra, pero siempre alguien prefiere el chiste o el cuento, pues la risa es parte del esfuerzo, haciéndose célebre el clásico animador de la reunión. Además, los pasteles o empanadas ya están preparados, y con un canasto de mimbre, se distribuye todo el contenido aceptado con gusto. El vino circula en jarro pero a veces, la caña cae mejor.

Es lindo cuando la deschala sigue de noche con la luz de la luna que se filtra sigilosa por entre la enramada o los ventanales abiertos a propósito para ver quién llega, aprovechando las sombras de la hora. Este último invitado, no por el dueño de casa sino por las circunstancias dadas, se acepta sin rodeos: viene mejor empilchado, botas lustradas, rastra reluciente, pañuelo blanco al cuello y el sombrero de alas anchas de salir. Huele a agua florida al entrar. Ata su caballo en sitio visible, casi en el portón, para lucir el freno con tapujos de plata y los estribos tan brillantes como un espejo, igual que el pelo del animal que ha sido cepillado durante la tarde. Todo se deduce al verlo. Con un saludo cordial se incorpora al grupo, pero su mirada felina recorre enseguida de un vistazo para detenerse en alguna moza que venía buscando. Simula deschalar con elegancia; el mozo indudablemente está en otra cosa: esa corriente fluida de la juventud que busca la dama para llevarla al altar. La dueña de casa lo atiende enseguida pues ha caído bien, y como al descuido, e inconsciente a sabiendas, él se va colocando al lado de la elegida a quien se le cae la espiga, tropieza con todo y transfigura su rostro porque algo palpita en el fondo de su corazón. La gente disimula pero nadie se pierde ni el mínimo detalle. El romance es un hecho con perfume de jazmín.



Mientras, el maíz forma un cuerpo piramidal con radiante color que después habrá que moler. El fuelle de un acordeón abre nuevos caminos a seguir con una emoción especial vivida con intensidad.

Todo ha sido una fiesta.

MATE COCIDO EN LA CHACRA

Se acercan los días de siembra. La tierra arada descansa en cada vuelta de reja, pero los terrones están llenos de raicillas que hay que extirpar para favorecer la germinación de las semillas. Hace tiempo que se viene rastreando en todas direcciones para mejorar las posibilidades de rinde saludable: cuanto más trabajadas están las amelgas seguro que se tendrá mejor cosecha. Desde que aclara hasta el mediodía, no se descansa, continuando enseguida después de almorzar hasta el oscurecer. Esta primera etapa larga sufre una sola interrupción en la misma chacra para tomar el mate cocido.

Aproximadamente hacia las tres de la tarde comienza su preparación. En una jarra blanca enlozada, con tapa y una sola asa, se coloca el brebaje ya azucarado con abundante leche. El canasto es siempre el mismo: de mimbre y dos tapas, tiene capacidad para lo justo. Junto al recipiente con el líquido bien caliente se ponen las galletas, medio pan casero, un queso, los tazones enlozados y los cubiertos, tapándose todo con un repasador.

“El mate cocido está listo para llevar”, expresa la voz materna que todo vigila y provee. Los niños corren felices para cumplir con este rito diario, temerosos de que los hagan quedar para otra tarea menos grata. El viaje hasta la arada con la carga comestible es una aventura inolvidable de la cual se disfruta como en el mejor de los paseos. Cada uno siente que lleva ahí

adentro la panacea de la vida, el néctar maravilloso que calma la sed en medio de la fatiga y permite un momento de esparcimiento entre el polvo que se levanta en marejadas espesas, perdiéndose en las alturas hacia un infinito. Entonces, se piensa en el trayecto, a medida que se va acercando al lugar del trabajo, que hasta se es importante y esencial llevando estas comidas a destino para que la tierra produzca y las plantas florezcan cuajando en los frutos esperados.

La imaginación infantil crea castillos hermosos en torno a la importancia del mate cocido en la chacra, dándole formas fantásticas a la necesidad de parar la rastra para beber ese líquido que cada cual ha portado con solemnidad. En efecto, ante la presencia del equipo se hace un alto en las actividades aprovechando el paso de una nube, y lo más común, de los mismos caballos para merendar a su sombra. Estos parecen comprender las cosas, pues se quedan muy quietos en la espera sacudiéndose a veces las crines o la cola para espantar una mosca en franca colaboración. También descansan un poco aunque no reciban ellos el refrigerio de agua fresca hasta terminar la jornada. Sentados en el suelo se hace un círculo con todos los presentes, ya los que trabajan como los ocasionales visitantes. Se destapa el canasto, se distribuyen las tazas y se sirve. Primero se hace un silencio, propio de quien está saboreando o gustando el manjar más extraordinario y mejor servido que se pueda imaginar, aflorando luego la risa, el dicho, el buen humor, que tan bien fortalece el esfuerzo físico del día.

Desaparecen los alimentos por doquier. Pero ese chorro verde lechoso que fluye de la jarra con aroma a yerba amiga y sencilla, se convierte en el fuerte de la reunión porque si sobra algo integra el segundo festín. Las miradas se concentran furtivas en cada uno que extiende su mano sobre algunos de los implementos calculando presurosos las porciones a dividir.

Mientras tanto, los minutos corren con la extensión de la eternidad para los observadores impacientes que esperan con fingido desgano, el final del ágape para poder disfrutar del mismo. Entonces, uno se sustrae un momento para detenerse a pensar en la magnanimidad de las pequeñas cosas que embelesan el espíritu por su simpleza y que se graban muy hondo en lo profundo del ser, desfilando por la mente los trozos inmortales de Hesíodo en su exaltación y reconocimiento de los trabajos del campo, así como tantas églogas y rimas diversas de todos los tiempos inspiradas en la profundidad de este amor.

Las divagaciones se dilatan observando el entorno sorpresivo del cuadro ya que otros también están gozando desde las alturas de una posible apetencia. Dos garzas blancas y lánguidas revolotean especulando migajas, traduciendo en cada aleteo la perspicacia del descubrimiento. Más inocente, saltando entre los terrones desgranados, tratan de acercarse unas palomas grisáceas, entusiasmadas y atentas a los movimientos de la gente. De pronto, acomodándose los chambergos de alas retorcidas y estirando los cuerpos como gimnastas avezados, los hombres de la rastra balbucean un susurro a cada caballo que escucha asintiendo en su fidelidad instintiva, retomando la tarea interrumpida con bríos renovados.

¡Oh el placer de los dioses en la mesa en que tantas mitologías han descripto este instante del mundanal vivir! Como polluelos escapados de su recinto, las manos transportadoras del canasto se prenden del queso sobrante, del pan y de la galleta en actitud de extasiarse hasta el placer. Tal vez las aves rapaces no lo hagan con la voraginidad y delicia reflejadas en expresiones tan puras como en el caso dado, pero sin dudas se está frente a la felicidad sin límites de poder participar de la fiesta junto a media taza compartida de mate cocido más dulce y casi frío que ha quedado en el fondo de la jarra.



Satisfechos, casi un poco más crecidos y maduros, ellos cubren el canasto guardando antes lo poco que ha quedado. El regreso es lento como en el cuesta arriba más agudo, pero otro sueño muy simple se ha cumplido, sellando emociones y etapas para la posteridad.

LA SIEGA

Se ha visto crecer el lino verde y grácil con la misma mansedumbre de los que viven para dar: plantas lozanas, inclinadas a veces en piadosa reverencia hacia la tierra que les gestó el ser, tan esbeltas y erguidas en su búsqueda vertical elevándose en desafío amistoso, casi soberbias. Observadas con la transparencia de un mediodía, cuando la calma se distiende en lontananza, esa inmensa patena verdosa impone el respeto y amor de los sagrarios. Se asemeja a esos mares con tonalidades cambiantes según la hora que reciben los rayos solares, pero siempre en el fondo, el color esmeralda que incita a soñar con la magia y el tesoro de la creación.

Hasta que un día, casi sorpresivamente, son gasas celestes extendidas en esa inmensidad con leve movimiento ondulante que le dan sus flores, las cuales bordan en su superficie un fino encaje. Sencilla cada una, pero en el conjunto, forman un gran espejo de inexplicables destellos que se introducen en la atmósfera produciendo en la distancia un efecto sensible al espíritu, capaz de inspirar las mejores rimas a las plumas ávidas de aliento. Sin dudas, los linares en flor constituyen un escenario especial en la faz agrícola, no sólo por su belleza sino por cuanto promete cada planta.

En efecto, la tercera etapa deslumbrante del proceso evolutivo está dada por el lino maduro, ya agonizante, algo así como

una solución de cobre y oro derramada en extensiones químéricas por la cual se tiembla si lo azota la lluvia, se llora si se desploma granizo y se dan gracias si el buen tiempo acompaña hasta cuando entra la máquina segadora en la chacra, comenzando el período de la siega.

Toda la gente está en acción desde muy temprano. Hay que segar, pues el grano está a punto en su madurez. Durante varios días los preparativos han ocupado todas las horas: las cuchillas, la saranda, las horquillas, los carros, los trineos. Se reflexiona por doquier sobre menudencias como por la razón de vivir, si esa nube que se roza con el horizonte es un girón enternecido o es la furia del mal, si las ruedas están bien engrasadas, si el filo hará un buen corte, si el rinde, si la parva, si la trilla...

Un grueso tronco de árbol caído sirve de asiento mientras se espera que el telón de la escena se abra por el juego de las circunstancias. Se acercan los vecinos que han percibido el trabajo a través del cerco con sonrisas que afloran debajo de aludos pajillas hechos por las abuelas; traen cada uno su horquilla que plantan en el suelo con aires de invencibles mientras sujetan un caballo que se ha puesto algo inquieto. De pronto, encabezando el movimiento con la solemnidad de las estatuarias en las procesiones célebres, cuatro caballos se introducen tirando la segadora que funciona tan perfecta y magnífica como un juguete de precisión. Orillea el sembrado sulfilando el corte sin cometer errores. El tallo, sacrificado en serio holocausto, se desliza por la saranda sin tregua llegando al borde de la explanada, cae a tierra, se levanta el rastrillo con sus enormes tentáculos aprisionando la carga y con fuerza, arrastra la paja. Los horquilleros solícitos acuden para formar el montón adelantándose a los trineos que recorren en su búsqueda.

El colono, diestro en el trabajo, maneja cada cosa maravillándose él mismo por su obra, que en silencio de aprobación, se



rubrica con una sonrisa permanente bañada por las sales de su sudor. En cada compás de espera se desliza la anécdota y el chiste oportuno. No existe el cansancio ni el lamento que ensombrece el quehacer de estos días de siega, pues en toda la comarca se vive de fiesta por el acontecimiento. Alguien saluda e invita con refresco (agua, limón y azúcar) servido en un jarro de medio litro, bebido por cada uno como el mejor de los néctares. Entretanto, se escucha aquella referencia al pasado, cuando los hombres formaban cuadrillas cortando la planta con la hoz y ocupando más tiempo en la tarea, mientras el grupo de mujeres con largos vestidos, delantal y la cabeza bien cubierta para evitar los rayos del sol, manejaban la horquilla con destreza; el grano era pisado y sometido al viento. Ahora, la máquina constituye un avance notable por la rapidez y ahorro de energía humana, pese a que algunos continúan en sus formas primitivas.

Observando el recorrido de la segadora, se ve que va y viene por la chacra marcando paralelas y dejando tras de sí el corte impecable que la gente recoge y transporta para luego emparvar. Los baqueanos se jactan de saber comenzar la base con las leyes universales de la geometría que la experiencia individual les fija inexorablemente sin equivocarse jamás, recibiendo el halago en el día de la trilla como el mejor homenaje que otro experto puede hacer.

Terminada la faena, ha quedado sólo el rastrojo en testimonio de la siega, una parva y el sueño realizado del hombre que bendice los frutos de la tierra, con su corazón agradecido. Junto a los años y a los siglos, una frase virgiliana florece en cada amanecer: ¡Qué dichosos los hombres de los campos, si conociesen su felicidad!

LA PARVA

Asomada a la ventana del cuarto se ve la parva en cuanto uno se despierta. Ese montículo de paja dorada y extraña forma indefinida, ejerce una atracción tan poderosa que es imposible sustraer la magia de su figura imponente. Tan rápido la había hecho el horquillero que sólo queda el recuerdo del mismo allá en la altura, modelando la superficie con la prolijidad de los artistas.

En su entorno hay un mutismo y un silencio cargado de historia. Año tras año ella emerge después de la cosecha llevando en su seno el germen de una vida útil pero corta, traspasando el invierno insólito y lleno de sorpresas: lluvias, ráfagas, temporales, heladas o sequías. Ante un panorama muy diverso debe satisfacer cualquier alternativa, pues ha sido hecha para eso, algo así como dar solución exacta durante todo el tiempo.

Observada con un sesgo de tibieza y cariño se adentra muy hondo, como aquella estampa querida de la cual la abuela relataba cosas maravillosas extraídas de cuentos fantásticos y reales a la vez. Pues, ¿qué es lo que sucede junto a la parva? Su silueta esbelta y desafiante irradia un mensaje de seguridad existencial y muchos son los que nutren el cuerpo a su expensa. La más satisfecha y agradecida es la “overa”, una vaca bonachona que espera y espera ese manjar que se le brinda todos los días y que lo transforma en la leche apetecida. Nunca un animal se transfigura en su apariencia en forma tan significativa como en este

instante anterior a la ingestión. Sus mugidos traducen un raro lenguaje, un estado especial de comunicación solidaria con los seres humanos. El brazado medido de paja se le da con algo de respeto y mucho de admiración.

Pero aquel émulo de Rocinante merece todos los calificativos de asombro que existen para los animales. Hermoso y arrogante, maldito y querido, porfiado y sumiso, se abusa de la confianza, y con una gambeteada espectacular, siempre está comiendo ahí con avidez. Le ha abierto un boquete por el costado como un forúnculo incurable, pues escondido en el mismo lo agranda, carcomiéndolo sin piedad. Se burla hábilmente de toda vigilancia. Rodeado de gallinas batarazas, una paloma torcaz se posa con gracia en sus ancas y otros pájaros revolotean entorno. Ni relincha para evitar que lo descubran.

A la hora de la siesta todo es calma en el lugar hasta que aparecen los vecinitos a desafiar el trapecio, o el cono, o la pirámide. Cada uno ve en este monumento de paja el gigante con quien quiere medirse en un momento feliz de la vida. ¡Oh niñez que juega todavía con las parvas! ¡Cuánta transparencia en los sentidos, qué límpida el alma! El que llega primero a la cima divisa boquiabierto el horizonte dilatado, las colinas, los árboles, el pueblo y sus campanarios. Aire de titanes compartido, pues otros se suman en la escala. El gozo es inmenso como si tuvieran el cielo entre las manos, y el universo, el sol, las nubes y las estrellas, todo es propiedad indiscutible de cada uno. Allá arriba se sienten colosos. La parva, impasible en su arrogancia e inmensa en su amor derramado abiertamente, nuclea con tolerancia generosa las pasiones, los apetitos, las risas, las emociones.

En tanto en las alturas se discute el desliz acrobático e insólito de los pequeños visitantes, por los costados se suman los devoradores: algunos le taladran la cintura con grandes y ham-



brientas bocanadas, otros por la base la perforan con hocicos que no comen, sino estrangulan. No falta quien, ya satisfecho, se refriega por un lado cepillando su pelaje reluciente mientras una gallinácea, fina y elegante, cacarea airosa porque en un cómodo nido ha terminado de poner un huevo.

Revolotea un tero muy cerca esperando que se desaloje tan concurrido lugar, pero de pronto, el griterío propio de los niños arrojándose como en tobogán desparrama la concurrencia animala más espantada que conformista. Las alfombras mágicas de los cuentos orientales no pueden competir con este momento de la siesta: volando por el declive de mullida paja dorada, los escaladores de la montaña ruedan y ruedan, hasta quedar exhaustos en un grato cansancio. Sentados en el suelo, contemplando extasiados el trayecto de la hazaña, un moñato asado y un pedazo de pan conforman el manjar más exquisito del banquete al pie de la parva.

Por detrás, ya se acercan otros roedores insaciables, y el ciclo se repite sin variantes durante todas las tardes hasta que un día, despedazada, mutilada, deshecha, se adormece en el recuerdo sin quejas ni lamentos para renacer como en el mito osiríaco después de la próxima cosecha.

LA VUELTA DE LA TRILLA

Atardecer de verano. Un diciembre más, desplomado un poco en el extremo del año y otro canto cuajado de esperanzas. El aire estival trae olor a trigo maduro. Algo golpea en cada pecho sediento empujando la sangre, o más bien, golpeando por dentro. El dolor tiene sabor a dulce. Todo es extraño y hasta el horizonte refleja un espejismo en complicidad con el tiempo. Las distancias se vuelven infinitas y la vista no alcanza a ver el regreso lento de los que habían partido. Las horas se dilatan acercándose cautelosas hacia el confín.

En silencio desfilan por la mente las espigas, las gavillas, las parvas, hombres que soñaron con el polvo de las máquinas, el pan asegurado, las manos que descansan. Y en medio de tantas divagaciones, ¡oh, la vuelta de la trilla!

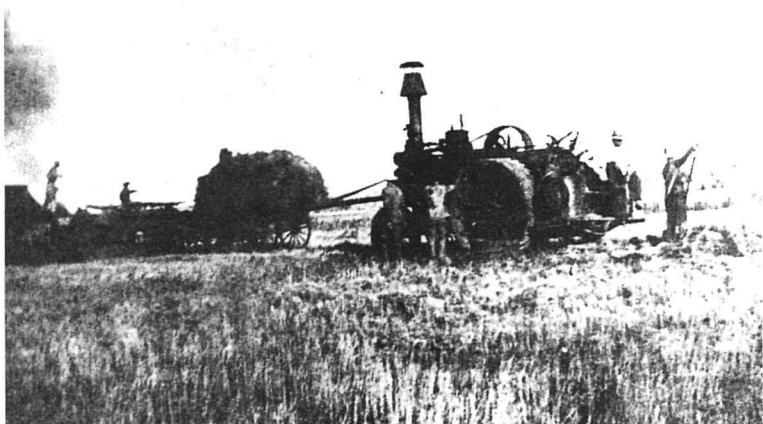
Allá vienen, como escapados de un friso mitológico, recorriendo el cielo azul con siluetas borrosas. Los silbatos atraviesan la paz de los campos rasgando la existencia callada de los seres que esperan. Ellos anuncian a lo lejos a un cortejo cadencioso y ordenado detrás de los negros hierros del motor cuyos vapores y humareda se elevan como columnas retorcidas, doloridas, hasta perderse en las alturas. Y otras vienen, y se suceden sin tregua pugnando por llegar.

El monstruo ennegrecido que encabeza la caravana enciende la imaginación con creaciones de otro universo: flaca y escuálida

da es su figura, pero una fuerza hercúlea se agiganta por dentro. Viene arrastrando la máquina trilladora: grácil y coqueta, parece pavonearse ante tantas miradas atónitas. Se desliza con la serenidad de las reinas firmes en su trono, pues ella se ha ganado la campaña trillando en toda la Colonia. Tiene el donaire del vencedor con una aureola de laureles ya que en cada chacra el trabajo cumplido la ha cubierto de bendiciones. Sus cilindros y poleas entraron en el reposo acogedor del término de la faena. Parecieran guardar en secreto cuánto han hecho, algo así como la intimidad del bien, callando. De cada una de sus partes brota un misterio conteniendo las formas y su esencia. Pero a su paso, todos descubren a su manera, un mensaje de amor que se anida en el corazón. Se detiene. ¿Quién no la toca y acaricia, diciendo: volviste, máquina amada, máquina esperada? Por todo, ¡Gracias!

Mas, el cortejo continúa. Sigue la casilla de madera sobre gruesas ruedas ferrosas: despensa, cocina, botica, correo: no importa qué, pero en esa pequeña y completa casa rodante se tejen las trenzas de la campaña. Ella es el refugio de todos cobijando sueños y realidades, centro de cortesía y calidez en medio del trabajo duro, algo así como el propio techo que se añora y se quiere.

El carromato aguatero ha perdido el lustre, pero es también una joya en el conjunto. Tirado por un tobeano manso se asemeja a esos gualichos con forma de toneles abiertos por el lomo. Sentado en el borde va el paisano con sombrero de alas anchas, camisa arremangada, chiripá y los pies al aire libre. Las alpargatas no aguantaron ida y vuelta. Pero en el rostro descubierto, lustroso por el sol abrasador del verano implacable, se dibuja la amplia sonrisa del hombre feliz que sabe gozar del trabajo y transmitir su emoción.



Detrás vienen los carros cargueros con tres caballos cada uno. En el vacío de la caja se adivina el valor de su misión: de la tierra generosa va la carga a la trilla, y el grano embolsado, a los galpones. Los conductores, con amplios chambergos de paja y pañuelo al cuello, acomodan el facón apretado con la faja que envuelve su cintura. Pantalón de griseta, algunos, chiripá otros, conforman la figura típica del carrero de colonia, con la seriedad del funcionario responsable de un puesto codiciado y un brillo especial en su semblante. La ovación de la muchedumbre los hace solemnes como los olímpicos.

Y la gente fluye de cualquier parte en esta procesión con rituales tradicionales que se renueva todos los años como partícipes mudos de una ceremonia casi sagrada. Descienden de las maquinarias o de los carros; también llegan a pie con paso largo y seguro. Se adelantan, se acercan: uno deja la horquilla con aire de victoria, otro desata el caballo, satisfecho. Se inclinan sobre

las llantas, guardan su herramienta, arrojan su atado de ropas al suelo y se sienten gozosos haciendo girar el sombrero de paja entre sus dedos.

¡Regreso! Alguien retuerce un mechón de su cabello dejando entrever la medallita que lo acompañó durante la ausencia, o sacando de un bolsillo una fotografía se deleita previendo el encuentro cercano; brota la euforia y estalla la alegría. El asado está listo y el canasto con pasteles también. Y como si no importara más que el trabajo cumplido, uno a uno van recibiendo la paga gratificante coronando sus esfuerzos.

¡Han vuelto de la trilla! Con el rostro transparente como el de los niños buenos, inician la dispersión en distintas direcciones con un aviso lacónico: el año que viene vuelvo...

El calor del verano ha consumido el tiempo de trilla y de regresos.

EN TORNO A
LOS ANIMALES

LAS GALLINAS

La noche se consume irremediablemente en su existencia. La humanidad, calmada en sus sueños y ambiciones, espera aquella claridad matinal para volver al ritmo de todos los días con un nuevo cúmulo de ansiedades y emociones. El silencio es todavía un manto mullido y espeso que cubre la tierra adormecida con un calor de ternura y sosiego, tan dulce, como la oración del amor que se reza hasta el fin sin cuentas ni medidas, cuando sorpresiva pero cariñosamente, se oye el gallo, al amanecer, como un llamado augusto y tan lejano que irrumpe en la somnolencia sin heridas ni magulllos. Entonces aflora aquella frase universal que se prende en ese momento en que uno despierta a las cosas: “Antes que cante me negarás tres veces”. Todo el ser se resiste a admitir que ya se ha cumplido el ciclo eterno que precede a la luz cuando de nuevo, y otra, otra vez se siente cantar al rey de la madrugada para interrumpir el reposo y retornar a la actividad que agita al mundo.

El pequeño universo de las aves, más leales que los hombres, responde serenamente al toque de diana y comienza a sacudir el letargo en que se habla sumido desde la puesta de sol. Medio millar se encuentra diseminado en los más insólitos lugares para dormir: las ramas de la higuera están tan repletas que se arquean al punto de quebrarse, las más audaces se han trepado a un paraíso, otras se han acurrucado sobre un espinillo. Es increíble el

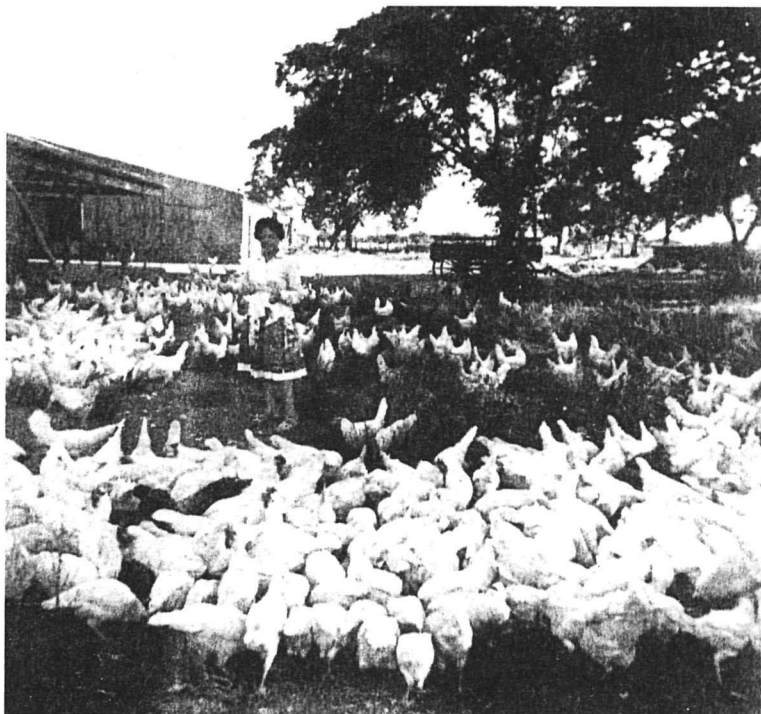
cuadro que presenta ese habitáculo en que ellas duermen sin problemas. La luz de la luna y de las estrellas proyectan sus sombras fantásticas siendo el firmamento su techo permanente, ya llueva, truene o caigan las heladas más densas. Se amontonan para irradiarse mutuamente el calor y así defenderse de las inclemencias del tiempo. Pero sin dudas el espectáculo más sorprendente y gracioso al observarlas en ese dormitorio abierto a los vientos y a los astros es ver las que se han acomodado sobre un carro al aire libre encontrado al azar. Una al lado de la otra en el mejor sentido de hermandad, han cubierto totalmente la lanza, las barandas y los tablones que unen las mismas. Soberbias y dueñas de sí, con algo de arrogancia y pleno dominio de propiedad, interpretan la creación más perfecta de los viajes quiméricos en que la fantasía penetra en el mundo fabuloso de la majestuosidad alada. ¡Sin pasaportes, listas para partir en transporte propio!

De a poco, sin apresuramientos pero no lerdas ni torpes, van aceptando el llamado de atención y se arrojan desde las alturas en vuelo rápido para comenzar la búsqueda del alimento junto al rocío que humedece las hierbas y oculta algún insecto eficiente para ingerir. El entusiasmo de los hallazgos las hace alejar por el campo y entre las malezas que siempre esconden un grano o una lombriz, a los que devoran sin piedad. Sólo unas pocas, más haraganas, rondan la casa pues saben que en cualquier momento se hará la solemne distribución del maíz.

En efecto, cuando todavía la mañana se halla enredada tiernamente entre sus gasas de nacimiento y apenas una claridad se esfuma en el levante, aparece la Doña en el patio grande, con una lata de kerosene en la mano que golpea cual cotizada murga carnavalesca con el consiguiente infortunio de los que duermen, ya que por una extraña casualidad, ese golpeteo siempre es más fuerte cuando pasa junto a la ventana de los que se acostaron

tarde porque fueron al baile. Son cosas que no se pueden evitar, pero el llamado, indirectamente, es para reunir a las gallinas que se han dispersado en los alrededores, las cuales responden por instinto y por costumbre. Pero a los estruendos mencionados se agrega otro incentivo más poderoso: Brrr... Brrr... Brrr... que resuena en la serenidad de la atmósfera todavía adormecida como un clarinete de guerra con el enemigo en la puerta. Ahora si: no sólo han oído las especies avícolas más distantes que llegan entre saltos y vuelos medio corriendo y un poco volando, sino que no queda nadie de la familia sin despertarse. Es un verdadero reto a todo aquél que no ha osado ver las luces del alba con intenciones de trabajar.

La concentración es realmente extraordinaria: en menos de un minuto la totalidad está esperando el maíz o trigo, el cual es arrojado al vacío a diestra y siniestra como quien desparrama agua para apagar un fuego, y con la misma velocidad es devorado impetuosamente. Este es el momento de analizar el conjunto: si la bataraza está para comer, si la colorada tiene bien la cresta, si la blanca, la negra, la picaza, la gris, la pescuezo pelado, la de riña, la clueca, etc. etc. Todo el planteo se ejecuta mientras comen inconscientes de la cuenta que se está sacando sobre ellas. Cuando están saciadas, comienzan a retirarse para escarbar la tierra y agregar otros condimentos naturales a su menú matinal. Entonces, el patio ofrece otro panorama. Se han quedado las patos quienes arrastran su pesado cuerpo hacia la laguna después de haberse llenado con el sobrante de los primeros comensales, y recorriendo los ángulos con pasos de baile y cuello estirado como magnates en recepción, los pavos casi no pisan de fruncidos y señoriales que son. Compungidos y altaneros se pasean mostrando sus atuendos y bijouterie en abundancia, pues la naturaleza les ha sido pródiga. Su gallardía obliga al observador a rebelarse y tomar también una pose de superior-

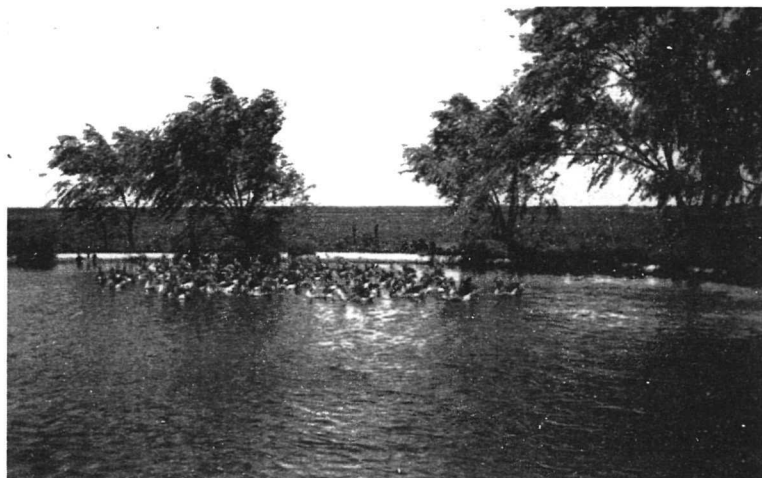


dad ante tanta osadía. Sin embargo, cuando uno de ellos se da vuelta y en su vanidad engreída, apoyándose en una extremidad y doblando la otra como ensayando a los clásicos, despliega su cola con todo su esplendor y soberbia, luciendo en reflejos su colorido extraordinario con tornasol, luces, sombras, arte y magia, no queda más que aceptar la belleza excepcional del pavo real y admirar extasiados tantos destellos juntos. Al rato, también se va en busca de una sombra o de algún gusano gratificante, de manera que el mundo animal concentrado en pos de la comida, se dispersa como por encanto.

Durante el día sólo se vigila que las latas de dulce de membrillo o batata, distribuidas en lugares equidistantes debajo de los árboles, tengan siempre agua, la cual se extrae de un pozo de balde; éste descende con una cuerda hasta una profundidad de veinte metros, y una vez lleno del líquido, se lo hace ascender a mano a través de una roldana. La hora de la siesta con calor intenso y atmósfera pesada, es la más ingrata para llenar los bebederos.

También hay que poner atención sobre el lugar donde cacarean las gallinas después de la postura, pues a veces se hace difícil encontrarlo por la distancia o por lo escondido. En efecto, a la tarde la tarea esencial es recorrer los nidos con canastos para juntar los huevos. Algunos son tarros viejos con un poco de paja colgados en la horqueta de un tronco; otros están en el suelo junto a una pared, pero la mayoría hay que detectarlos entre las malezas o en lugares insólitos. Las nidadas más célebres se encuentran debajo de las hojas de cardo que actúan como protección, o bien, dentro del cilindro de la máquina trilladora. En ambos casos se debe recurrir a un cucharón adherido a una caña para poder extraerlos de semejante refugio. A veces hay que apelar a cestas muy grandes para recoger todo el producto, limpiándose los manchados con jugo de limón a fin de no tener inconvenientes en la venta.

Cuando una gallina no ha salido del nido, seguro que está clueca, es decir, en condiciones de incubar. Inmediatamente se eligen dos o tres docenas de huevos grandes, frescos y con galladuras observadas a través del sol; luego se los raya con un lápiz como si fueran los meridianos del globo para que se distingan de los demás en su noble misión y se los colocan debajo de la futura madre durante veintiún días, no saliendo de su lugar más que por una necesidad. Pasado ese tiempo, casi en un mismo instante, se rompen las cáscaras por los pollitos que terminan de nacer,



y enseguida la gallina cluequea reuniendo a su prole a la que cuida amorosamente en el más amplio sentido maternal. Como el nacimiento de la pollada se hace a campo, para contribuir a su cuidado se le acerca una latita con agua junto a maíz quebrado, todo lo cual es muy bien recibido por la encargada de la nueva familia que parece agradecer la cooperación; la mayoría de las veces se arreglan totalmente solas, y aparecen a comer granos cuando ya los polluelos son bastante grandes, o por la mañana, o en la segunda sesión de la tardecita en que se repiten los ecos ya señalados.

De manera que en este reino avícola que se desarrolla en torno de la casa están mezcladas todas las especies y edades, de ahí que siempre hay un pollo a punto para la mesa, especialmente cuando sorprende alguna visita inesperada y a la que corresponde un selecto menú.

Las aves de corral, criadas con esos sistemas tan antiguos como simples, sobreviven en forma admirable a las crueldades

del tiempo, salvo cuando el granizo es demasiado intenso y las aniquila con tantos azotes en la cabeza. No están exentas de las pestes, siendo la viruela una de las más drásticas por los estragos que produce. Muchas veces la mortandad es tan grande que es imposible enterrarlas a todas para evitar la contaminación, dándose como único tratamiento el azul de metileno dentro del agua, y la alimentación con cebollas. Pasadas las epidemias, se vuelve a la crianza de siempre con la ilusión permanente de un porvenir venturoso, alertando en cada mañana el canto del gallo que irrumpe con altivez el amanecer.

LAS SIESTAS DEL VERANO

Sopla el viento norte cargado de polvo espeso y seco. Los rayos solares hieren como picanas y hacen inclinar las hojas entristecidas de los árboles en señal de derrota ante el poder fulminante del astro. La atmósfera se pone opaca y tornasolada por la suspensión de partículas, aplastante, hasta el extremo de frenar los impulsos detenidos ya por el excesivo calor. Plantas y cosas parecen parte de esas naturalezas muertas que algún pintor hizo célebres en su momento, aunque se siente el jadeo del perro que se desarma en su estiramiento corpóreo mostrando la lengua sedienta, mientras una gallinácea deja caer sus alas, desesperada, agotada.

El día se ha partido por el plumazo de la siesta. Sin embargo, en tanto unos duermen y descansan, otros aprovechan estas horas especiales de pereza y desfallecimiento para ejecutar planes insólitos al amparo del silencio y de las ausencias. En punta de pie, disimulando movimientos y conteniendo el aliento para no ser vistos, más una señal para el observador canino, parte el grupo en busca del lagarto. Se lo ha visto varias veces a estas horas solitarias, con su andar zigzagueante y melindroso, cabeza alerta y coleteando con garbo y arrogancia, penetrar sigiloso en el nido que las gallinas hicieron bajo el cardo azul de hojas declinantes como techo nórdico, y absorber el cóctel de claras y yemas con el placer de los que han ganado una disputa. Pero al

menor ruido, se escapa tan fugaz y sorpresivo que hasta impide pensar cuáles son sus artimañas y sus fuerzas mágicas de desaparición, creando a su alrededor un sentimiento de desazón y pequeñez.

La persecución se hace inevitable. Casi sin respirar ni pisar, el equipo de caza, se aproxima sigilosamente. Allá se divisa ese lomo largo y brillante decorado con un arabesco grisáceo-nacarado, con la cabeza introducida dentro de una blanca cáscara disfrutando absorto y feliz de tan caro alimento. El deleite de su digestión debe ser una verdadera medicina que tiene el poder de olvidar la vigilancia por un brevísimo instante, aprovechado magistralmente por el perro, el cual, parado en sus dos patas traseras con la boca riente y segura del zarpazo, y en su silencio cómplice y mortal, se lanza atrozmente sobre tan larga figura que no alcanza la huida de salvación. Con los dientes clavados en la cabeza, se revuelcan en lucha espectacular en un claro dejado por las malezas y aprovechado por el héroe de la refriega.

Los coletazos del saurio son certeros latigazos desfallecientes en intensidad en cuanto el contrincante aumenta su furia, sin largar la prenda. No es necesario intervenir, pues de pronto se produce un juego del ganador con largadas y nuevas arremetidas que forman parte de la carnicería, olfateando y buscando, por si el otro anda cerca. De vez en cuando lo vuelve a sacudir asegurándose que esa laxitud sea por muerte y no por simulacro. Como trofeo de la siesta, se cuelga el bicho de la rama de un árbol cuando está dando las últimas contorsiones de su cuerpo, hasta quedar totalmente distendido.

Un silencio satisfactorio de aprobación y complacencia sumerge a la pequeña patrulla en el misterio del reino animal y sus destinos.

Meditando, se llega al viñedo, como segundo objetivo del plan. Son varias hectáreas con hileras de alambre a las cuales están prendidas las plantas de vid. El verde intenso contrasta con la tierra arada, caliente por la hora, pero limpia por el cuidado permanente. Se asemeja a un bello jardín con aroma de uva madura que espera transformarse en vino, ese jugo que desde siglos ha elaborado el hombre para delicia del espíritu y fortificación de su sangre. La tradición europea se ha perpetuado entre los inmigrantes quienes poseen en general hermosísimas extensiones con esta plantación exuberante. Los grandes racimos penden apiñados de sus ramas en ostentación de su vigor. Los granos se apretujan entre si con una coloración pardo-negruzca con leves tintes rojizos, protegidos por hojas lozanas de color fuerte y vivo, tan hermosos y magnánimos que es necesario detenerse un instante para su contemplación.

Este encuentro es esperado con ansias para poder vivirlo en la soledad de la siesta y disfrutarlo hasta saciarse. Los primeros frutos ingeridos lo acercan a un mundo de embriaguez maravillosa en que el gusto exquisito se mezcla con el sentido de la viveza, ya que uno se escapa de la prohibición de comer a esa hora. Nada mejor que satisfacer el momento aprovechando un terrón que sirve de almohada, y a la sombra de una planta, recostarse como lo hacía Nerón en sus orgías, devorando las uvas unas tras otras sin interrupción.

Pero un tallo se mueve o se estira. No importa: la posición es distinta y hace ver cosas inusuales. La glotonería sigue su curso. Otra vez la vista enceguecida por la tensión del estómago se distrae en un gajo torcido que se endereza y vuelve a su lugar. Todo el ramaje está tan cerca de la boca, que ésta se surte sin descanso y sin distinguir bien lo que sucede en esa maraña vegetal, hasta que, en un roce involuntario, se deslizan los dedos de la mano sobre lo que parece un movimiento, y salta como en un

trampolín el cuerpo enroscado, grácil y elástico de una culebra verdosa sin diferencia alguna con el color de la vid. Casi dos metros largos se escabullen delante de los ojos atónitos obligando a callar estupefactos y con asombro, haciendo que uno se recoja sobre sí mismo escapando del impacto producido por la figura del reptil. Ni un grito ni un movimiento. Su presencia ha dejado paralizada las fibras y el pensamiento. Sólo uno observa que se aleja cada vez más atravesando hileras y surcos, dando su brillo resplandeciente en las alturas, hasta desaparecer entre las grietas del suelo. Cuesta volver a la realidad pues el susto ha hecho nido en las entrañas, como garras que se aprietan con fuerza provocando hasta dolor.

Ya de pie y rumbo a casa en esa hora abrasadora de calor estival, sin fuerzas para cumplir con el resto de la aventura planeada, caben las preguntas sin respuestas por doquier. ¿Por qué estos bichos se arrastran por la tierra en radiante competencia con el hombre, desafiando su intimidad y provocándolo con sus astucias, mezclando una mansedumbre y pequeñez disimulada con su capacidad de hacer enmudecer al bravo, despertar la necesidad de exterminio luchando cada vez que el encuentro se produce? Y, sin embargo, están en su derecho de existencia con sus facetas de virtud enaltecidas por algún biólogo y unos cuantos admiradores de la fauna natural.

Como quiera que sea, su figura sorprende y obliga a reaccionar.

LA LANGOSTA

En un día soleado de campo el verde de los árboles intensifica sus gamas aterciopeladas en exaltación sencilla de su belleza, las hierbas se mecen cálidas, los sembrados confirman al labriego su promesa implícita en la simiente. Aquí y allá, alguna flor resplandece en sus galas inmaculadas que la naturaleza creó con sabio equilibrio. Haciendo abstracción de las cosas comunes que rodean al hombre, se es capaz de extasiarse ante el panorama que se extiende a la vista con una cierta emoción extraña por lo perecedero y por lo que se acaba antes de cumplir el ciclo.

Las langostas se encargan de destruir como un azote insólito e increíble. Se conocen sus maniobras. Las traen los vientos sofocantes que soplan del norte cargados de una masa compacta y oscura que eclipsan el sol. Se adelantan algunas como los vigías de un ejército aéreo buscando condiciones para detenerse y bajar, cumpliendo un servicio de inteligencia espectacular. Si la manga sigue, el alivio es indescriptible, aunque apenas saber que otros sufrirán su presencia indeseable. Pero si el lugar les es propicio, se desploman sin piedad sobre los sembrados, los frutales, los árboles en general. Miles y miles de insectos con largas patas, alas plateadas y un hambre morbosos devoran las hojas y los tallos con la velocidad de un rayo. Son tantas, que el peso hace crujir lastimosamente las ramas que se quiebran, unas tras otras, doloridas, indefensas, aguillotinadas por la plaga.

El hombre enmudece ante el desastre. Todo el esfuerzo y las esperanzas depositados en ese vergel que sus manos prepararon con tesón, caen ante el acrídio devastador. Se llora por dentro, hasta secarse el último lagrimón resbalado lentamente sobre la heredad mutilada. Ese peral tan hermoso regado tantas veces, la quinta cuidada con esmero, el trigo que prometía una cosecha excepcional, todo arrasado sin lástima por la ferocidad de un insecto. Hasta los postes del alambrado están vestidos totalmente con el traje impermeable del extraño visitante brillando en la noche de luna como monjes penitentes, inmóviles, solitarios, buscando al Crucificado. A muchas cosas se asemejan estas figuras en sus raras formas recién creadas. El dolor es un taladro que penetra a la larga hasta lo más hondo, perforando con ganas.

Sin embargo, el paraíso se ha salvado. No lo comen quien sabe por qué causa. Bajo su sombra se hilvanan nuevas quimeras y otros sueños van nutriendo el alma. Con sus ramas se las azota hasta quedar uno exhausto. Es como empujar una gota de agua, pero al final, las langostas desovan y se van siguiendo al viento cálido.

Ha pasado la primer etapa de la tragedia, y todos saben que después viene otra bastante ingrata. Aquellas que han hundido su vientre en la tierra depositando sus gérmenes de procreación son la causa de otra invasión inevitable: “la saltona”. Esta nace un tanto después por millares y, en su evolución hasta que crían las alas para volar e irse hacia el norte, cometen estragos tan grandes como las otras, especialmente en los maizales, los cuales parecen ser el manjar más apetecido. La lucha comienza, entonces, con algo de método e ingenio nacido a través de los años en que se soporta esta calamidad. Con chapas especiales provistas por las autoridades, se forman barreras infranqueables a las cuales ellas deben bordear hasta caer en un pozo, que cada tanto es hecho a propósito, para luego ser quemadas. Toda la

familia, chicos y grandes, mujeres, ancianos, con una bolsa o con una rama las hacen desplazar por los lugares más apropiados tratando de salvar algo de lo plantado. Y he aquí que las leyes naturales de la solidaridad en la comunidad campesina se cumplen en forma prodigiosa creando lazos fortalecidos a través del tiempo por la defensa contra estas plagas. Pero no ha faltado aquel paisano desesperado que queriendo salvar sólo lo suyo ha hecho salir las saltonas de su chacra en dirección a la del vecino. ¡Ay del hombre que así procede! Hasta el final de la historia su nombre se repite con desprecio y su paso en la Colonia es como el de los malos vientos. Los hijos y los nietos reciben el relato en advertencia soberana: es mejor perder la cosecha, pero no un amigo.

Las anécdotas más curiosas, los hechos más insólitos surgidos en la acción contra un obstáculo que la naturaleza ha presentado al ser humano, se recuerdan en cada fogata para terminar con el acridio. Entonces, recién entonces, aquella congoja de los comienzos de la invasión de la langosta que se había anidado con fuerza en cada uno, hace reaccionar al individuo hacia los principios de buena vecindad, ayuda al prójimo y fortalecimiento espiritual recitando en su interior, en silencio y calladamente, sin tiempo y sin nombre:

“Si ves destruido cuanto tú edificaste
y de nuevo comienzas la torre a levantar...
tuya será toda la tierra, tuyo será todo el mundo!

Hijo mío”.

LA CRECIENTE Y LA TROPA

El rastrojo está a punto para salvar a la hacienda. Los animales se rebuscan muy fácil pues siempre asoma algún pasto verde para certificar la esperanza dentro del calor agobiante del verano. El arroyo se desplaza al fondo contorneando el límite de la zona de pastaje, y en toda la costa afectada por la creciente que amontona troncos, ramas, camalotes, se va haciendo un trasplante salvaje en el paisaje. Apenas se ve el ceibo usado de trampolín por los bañistas cuando la mansedumbre del agua convierte el lugar en un aspecto magnífico. Entre los juncos azotados se ha acurrucado un carpincho tan asustado y huidizo que ha perdido el rumbo. Alguien lo olfatea con fiereza en un reto a duelo sin igual que hace peligrar su existencia, mientras, un poco más allá, huye una nutria aprovechando la ausencia de ocasionales cazadores.

En realidad, el día se ha quedado sin tiempo pues en este paraje solitario la naturaleza ha multiplicado el espectáculo a tal punto que entre el pastoreo de las vacas, las aguas impetuosas, el asadito entre dos piedras y el pedazo de pan casero para disimular el hambre, las horas se han desgranado todas intensamente hasta el atardecer. Hay que pensar entonces, en volver.

No es bueno que la noche juegue un chantaje con sus sombras complotadas, sus ruidos tenebrosos y esas voces misteriosas que se oyen en soliloquios estrafalarios de los seres vivien-

tes y de los que no existen más que en la imaginación. Marchando bien, en media hora la tropa está en el corral, pero... ese arroyo y la cañada, las cuatro bocas, y esos álamos, y las espinas y los cercos del camino...

Pareciera que el pensamiento se ha transmitido en la comarca prendiéndose como abrojos caprichosos y tercos llamando la atención de los otros dos responsables de la tarea, pues la petisa blanca sacude la cabeza asintiendo francamente y el perro corre inquieto empezando a juntar los terneros que están más lejos. A estos primeros movimientos todo el mundo se ha alertado comunicándose instintivamente ya que la hora de la partida ha llegado. Todos los días hacen lo mismo; ese lenguaje mudo de las bestias tiene la consistencia de un mandato que no se discute, sino que simplemente se cumple. Se van alineando poco a poco y toman el camino del regreso por el arroyo al que hay que cruzar.

La creciente ha aumentado y la correntada es tan fuerte que el agua se ha vuelto una furia. Los animales que hacen punta se han detenido en la orilla al mismo tiempo. Se asemejan al cuerpo de ingenieros que ante la catástrofe buscan el logaritmo de las consecuencias. Ese instante podría llamarse sublime pues la decisión no acepta el menor error. Ellos mueven la cabeza como en sabia consulta, olfatean, escarban y se lanzan con la responsabilidad de los comandantes consagrados, asomando apenas la testa, nadando con fuerza y luchando denodadamente. Heroicos, sortean la corriente con gloria, mientras el resto observa con asombro. Pasado un instante de contemplación exhaustiva la totalidad se embarca en un cruce peligroso al extremo. Cada uno adopta una posición defensiva y audaz que les permite romper la barrera del obstáculo. Los mugidos fuertes y prolongados actúan de sostén: se contestan como en concierto improvisado y sin ensayo con tono mayor que emociona y casi desespera, pues

no debe faltar ninguno. Esa es la consigna de cada trance como éste. El agua enfurecida los arrastra, pero hay un sentido de supervivencia que los impulsa y agiganta en el esfuerzo de nadar hasta la otra costa. Los más chicos se recuestan en los más grandes; parecen ayudarse unos a otros. Sin embargo, ¡qué extraño! Un novillito se zambulle varias veces como flaqueando. Algo le acontece sin dudas, pero responde a un fuerte ladrido del perro que se ha dado cuenta, y enfila de nuevo, como todos. Si el siglo lleva consigo tantos años, esta escena se le parece por la tortura de aprisionarlo totalmente en una hora.

Por fin, pasaron. Se sacuden, se observan, y con breves baladas como preguntándose si nadie falta, inician la marcha por un sendero ya marcado, orlado de espinas, en busca del corral.

Quedan para pasar los tres dueños ocasionales de la tropa. La petisa cabecea espantada porque el turno le ha llegado; sin duda desconfía de esa corriente embravecida. Nerón mira y mira como implorando con su instinto canino una comunión de los jefes en ayuda de esta segunda parte de la odisea. El peligro es mucho, pero hay que completar el trabajo hasta el final, lo cual es motivo suficiente como para no demorar con cavilaciones. En largas pláticas paternas se ha oído una vez sobre este caso: cruzar en diagonal. Ante las circunstancias, se indaga el lugar conveniente tirando mentalmente la línea de paso, y ¡adelante! Se siente al universo flotando en derredor. Con el agua al cuello, asiéndose de la crin como único punto fijo, flotando, uno se aleja y vuelve a encontrar la blanca silla cuya cabeza va allá lejos tratando de llegar. Los azotes del líquido elemento parecen insultos endiablados en un desquite por alguna cuenta a saldar. La eternidad del minuto se habla vuelto tenebrosa en medio del trayecto cuando de pronto, todo el cuerpo emerge rápido en la otra costa, a salvo.



Y, lentamente, se sigue la marcha, como todos los días: sesenta animales contados varias veces, uno a uno, y cinco años de edad suficiente para saltar de la petisa, cerrar el portón del corral con el trabajo cumplido, e ir a jugar.

ENCERRANDO

El ganado está disperso por el campo y hay que encerrar. El corral parece fuerte con los postes de ñandubay muy cerca unos de otros y grueso alambre que los asegura ante los ariscos que someten a prueba al mejor experto en construcción. Se inspecciona hasta el mínimo detalle pues ya se sabe que los imprevistos surgen de repente para entorpecer la tarea y atrasar el trabajo. No queda ningún lado flojo, y la tranquera sujeta con cadena, es capaz de aguantar al más bravo de los novillos. Los lazos, bien sobados e impecables, guardan el secreto del manejo reservado para los diestros. Estando todo en orden, parten los jinetes con los caballos baqueanos y buenos aperos como para andar leguas. Los siguen los perros infaltables en las faenas camperas y tan eficaces en la búsqueda del animal extraviado como si fueran especialistas conscientes de la materia.

Reunir la tropa no siempre resulta fácil porque el monte se presta para el escondite. Sin embargo, a los gritos de los hombres y ladridos de los canes mezclados entre sí, la hacienda se va juntando como por instinto y comienza a seguir a los señuelos que hacen punta en la marcha hacia el corral. A una insinuación gutural pronunciada con buen acento gauchó, los más rezagados miran con desconfianza como presintiendo un desafío, pero tras un empaque tempestivo y clavar las pezuñas en tierra plantándose con suficiencia, desarrollan luego el cuerpo recogido en sí

mismo y comienzan la marcha acompasada no del todo convencidos. Un perro ha captado la disconformidad animalesca como si interpretara el menor movimiento de oposición a la orden de avanzada y, poniéndose a un costado y al otro, o prendiéndose de la cola con sapiencia instintiva, en menos de un minuto los hace cabecear con pasividad y obediencia.

El camino hacia el corral se realiza bajo un murmullo con ciertos tonos salvajes mezclados con los de domesticación propios de los jinetes. Resulta algo difícil la entrada al mismo por el amontonamiento que se produce en el portón, bastante angosto para la cantidad. Algunos levantan la cabeza muy alto con sus cuernos encorvados rasgando hasta el aire que respiran; otros empujan apretujando a los más chicos, quienes lanzan balidos desesperados dentro del entrevero. No falta aquella vaca vieja, acostumbrada durante años a los encierros, mirando de soslayo a los impertinentes que se lanzan contra su cuerpo, y, exhalando una queja equivalente a la falta de respeto, sigue inmutable.

Pero también está el novillo que, aprovechando un descuido, da media vuelta por lo alto como un resorte encrespado y, corcoveando con furia, encuentra la retaguardia libre, lanzándose a la carrera para desandar lo hecho. Ante el atrevimiento, dos paisanos se miran invitándose mutuamente a medirse con la bestia y probar sus habilidades para el caso. A todo galope persiguen al fugitivo, abriéndose en abanico hasta plantarse adelante, y lo hacen volver poniéndose ambos a la par y afinándolo para que no escape. Entre esas murallas laterales y largos arreadores que se agitan por el lomo, el infeliz que ha osado escapar, entra como un balazo por la puerta recibiendo como castigo un feroz latigazo por los cuartos.

Todos adentro, comienza la sesión más divertida y placentera de los hombres. Hay que enlazar para marcar y castrar. Cada uno busca el suyo realizado con esos tientos trenzados con devo-

ción en los días de lluvia y tan bien hechos que podrían exponerse como maravilla artesanal, pero ellos los guardan celosos de su obra, para ser usados en esta ocasión. Con el lazo en la mano adoptan una posición especial para el manejo, marcado con aplomo y agilidad. Varios intentos por el aire, algunos por la derecha y otros por la izquierda, y el aro formado en su extremo encaja en forma certera en el pescuezo del animal, el cual, asido por las astas o por la cola y pata trasera al mismo tiempo, en hábil volteada recibe enseguida el impacto del hierro caliente o marca. Ésta generalmente simboliza un distintivo del campo. Inmediatamente se acerca otro grupo con un filo en la mano e inclinándose sobre los órganos reproductores procede a extirparlos de raíz con una maestría inigualable. Terminadas estas dos operaciones, el animal queda libre, algo dolorido, y se desplaza sin rumbo fijo, derrotado, ensimismado, sin ganas de corcoveos o piruetas, aceptando el destino impuesto por su dueño.

Uno tras otro van sufriendo por el mismo paso iguales procesos ensayándose un principio de defensa, pero al final, de nada les sirve pues el lazo es certero e implacable. Entre balidos y gritos el movimiento del corral adquiere matices insólitos en que la fuerza y la destreza ocupan el primer plano, especialmente cuando se produce la fuga inesperada del toro. Bravo y de pocas vueltas, de pelo renegrado y brillante, adopta una postura de desafío en el encierro, va y viene moviéndose incómodo y agresivo, a la vez que observa la escena midiendo posiciones y especulando por minutos siempre encrestado y arrugando el cuero en anillos concéntricos, pateando y soplando con furia. De pronto, en forma inexplicable y contra todas las leyes físicas del movimiento, se arquea en el espacio como un felino rabioso franqueando el cerco de ñandubay en impecable salto olímpico y cayendo en condiciones de iniciar una carrera enloquecida por



el campo circundante. Otra vez dos jinetes se consultan en mirada picaresca y sin palabras, pero ahora acuden a dos mansos que servirán de apoyo para hacer regresar al fugitivo. Parten al trotecito para reunirlos como al descuido. En efecto, perdonando la acrobacia magistral de la huida, sin látigos ni perros, vuelven los tres actores cabizbajos y satisfechos de la hazaña seguidos por los maestros del arreo en reidera conversación.

Ya se acerca el final. Los mirones comienzan a girar en torno a una parrilla ubicada estratégicamente bajo un árbol frondoso, cerca del corral. Los tizones chisporrotean cuando el calor derriete la grasa que cae sobre el rojo candente, y el olor a carne asada impregna el ambiente en forma cada vez más intensa, empezando a circular un jarro de vino tinto entre todos los asistentes.

Enseguida se abren los portones formándose una doble fila en que los cuadrúpedos se retiran presurosos por si acaso alguien se arrepiente y los vuelve a encerrar. Los troperos des-

ensillan acariciando con visible agradecimiento a los participantes insustituibles de la jornada que han permitido la concreción del trabajo, con verdadera complacencia campera.

HOGAREÑAS

ORO BLANCO

Bien puede llamarse así a la leche, alimento esencial en la vida del hombre por sus valores nutritivos, ya en la niñez como en la edad adulta. Desde la fundación de la Colonia los inmigrantes se aferran a este sustento como al aire para respirar. Su obtención es un capítulo en la historia del trabajo de campo.

Las vacas, esas bestias tan queridas para la seguridad de la existencia, duermen toda la noche en el corral grande, mientras en otro más pequeño, están separados los terneros. De vez en cuando se oye un balido de la madre a su cría pequeña, la cual responde en señal de cercanía. A veces retumba un revuelo total por algún motivo muy especial, como cuando la jauría cruza entre ellas rompiendo la intimidad del descanso, con el consiguiente desorden que obliga una inspección rápida para detectar los orígenes de semejante agitación.

La hora del ordeño generalmente responde a las modalidades de la casa, sobre todo cuando alcanza para vender una parte al lechero, lo cual significa una entrada monetaria segura, aunque escasa. Durante largos años la madrugada ha sido el momento apropiado para las cosas más importantes, incluyendo la obtención de este líquido tan apetecido. En efecto, bajo el techo de estrellas y sombras de la noche, las mujeres se acercan con los tachos que dejan en lugar seguro para no derramar ni una gota del blanco elemento; llevan también un balde, un banquito de

tres patas y una manea. Cuando todo está listo, cada una suelta un ternero que primero hay que despertar y empujar hacia un portón para que busque a la madre en el lugar correspondiente. Mas, como todas están echadas, el problema se agudiza por la oscuridad reinante debido a que no se reconocen entre sí, produciéndose una carrera espectacular saltando vallas detrás de la cría para poder localizarlo cuando llega a destino, con las consiguientes caídas sobre esa masa informe desparramada sobre tierra, hasta que previo olfateo que avala la consanguinidad, se levanta perezosamente con su enorme peso y comienza el proceso de alimentar al hijo. Entonces se colocan las maneas en las extremidades traseras y, acercando el rústico asiento a ese vertedero de leche (ubre) con cuatro conductos o glándulas, se realiza el apoyo en forma regular, hasta que se inicia el ordeño en chorros sincronizados llenando el recipiente en pocos minutos con abundante espuma. Si el ternero se acerca se le da un empujón con la mano o con el pie para que no moleste, pero si insiste, obliga a atarlo al poste más cercano. Terminada la operación con más de treinta lecheras, alguna vez se ha visto todo el trabajo arrojado por la borda cuando en un tropezón, por falta de luz, se arroja el contenido del balde por el suelo con la consiguiente desazón.

Antes de que el sol dé señales del día, la tarea está finalizada con un jarro bebido en el mismo lugar de obtención con saltarinas burbujas y en sorbos espaciosos y bien saboreados, lo suficiente como para dar lugar a la llegada del carro lechero quien lo hace siempre exactamente a la misma hora, con iguales ruidos, el mismo caballo, e idéntico saludo del alegre conductor. Mientras acondiciona los tachos no olvida el chiste, los refranes y los datos meteorológicos que jamás fallan: la helada sobre el barro, el aro de la luna, la nube descolgada, el rocío, el canto del gallo, el celaje. Además, que se casa la Juana, hay baile en la

terrazza, se escapó la María, murió el almacenero, que el gobierno, la política, los impuestos, la gallina, el trigo...

El lechero es el informativo más completo de todas las mañanas. Y se va cantando abrazado a la felicidad inocente del que no desea más que eso: llevar el oro lácteo a cada casa y hablar un poco con la patrona, o con la hija, mejor.

Con un balde que se guarde para la familia, alcanza. Lo primero que se hace es llenar una cacerola enorme para que hierva, sacándole la nata para obtener rápidamente la manteca batida a mano o con la batidora, siempre lista para el desayuno, siendo notable la poca cantidad de café que se agrega dentro del blanco líquido para beber a la mañana junto con polenta, dulce y queso. Este último se fabrica a su vez con una práctica especial por la misma persona a la que le sale realmente bien el alimento de toda hora. Para hacerlo, se cuaja la leche, ya con el producto comprado para ello, o bien, más barato, con flor de cardo azul. Separado el suero y envuelto el resto en un lienzo, se lo prensa dentro de un molde dejándolo luego reposar en la estantería repleta, pues se hace todos los días.

El dulce es también una de las golosinas codiciadas y muy nutritivas en la vida colonial. Como invariablemente las comidas se realizan para un batallón pues la mesa tiene alrededor de veinte personas cotidianamente, el sabroso postre se lo hace en el recipiente más grande que hay en la cocina. Mientras hierve con azúcar se lo va probando con una cuchara enfriada al viento hasta que esté listo, se lo vuelca al envase definitivo, se pone la cacerola al alcance de los niños quienes, con cubiertos o con los dedos, eliminan el menor vestigio de tan rico menú.

Si se tiene en cuenta que el arroz con leche es una de las exquisiteces más comunes, se deduce que aquel fluido obtenido en la madrugada haciendo cabriolas entre los rumiantes para que se levanten y amamanten a sus hijos, es absorbido en los cuatro

momentos cumbres pues, para cenar, después de una succulenta ingestión, se toma como el mejor digestivo, el café con leche.

Sin embargo, el impacto más grandioso de la utilidad de este elemento está en la crianza de los bebés. La madre, por ley natural, lo nutre con sus propios medios, pero el refuerzo se hace tres veces por día dándole leche de vaca pura en una botella de un litro cualquiera obtenida en el almacén (de vino, alcohol, ginebra), provista de una larga tetina tosca y grosera, a la cual se prende la criatura con la avidez de gustar una verdadera delicia que se espera con ansiedad. A veces el chico tiene cinco o seis años y sigue pidiendo su querida mamadera antes de dormir.

Así se explica ese cuidado tan celoso de los animales que brindan alimento todo el año, y esa elocuencia que se hace con cada vaca, especie de súplica en la que se implora hasta el cansancio por un litro más cada día: “¡Brinda la leche, vaquita mía, que el hijo espera tu calor que da vida, y la abuela es lo único que bebe en sus últimos días! El balde lleno, Virgen María, por Dios...”

EL PAN

Día del pan. Todo está dispuesto en la cocina para la tarea solemne de convertir la harina blanca en el manjar más preciado que la humanidad conoce desde un principio, y a través de los siglos.

En un rincón reposa una bolsa todavía sin abrir traída directamente del molino; muy cerca, la gran batea de madera limpiísima; sobre el fogón se eleva y se vuelca la levadura.

El horno, esa inmensa bóveda con apenas una puertecilla de hierro, devora leños tras leños pues demora en calentarse. Las brasas chisporrotean formando los más variados juegos de artificios que pugnan por escapar, pero chocan irremediablemente con esas paredes negruzcas que forman una barrera impenetrable. Horas y horas, el espectáculo del fuego se identifica con aquellas ceremonias religiosas que el paganismo inmortalizó a través de las cofradías o en los cánticos de las sacerdotisas, y todos se detienen un momento para mirar en silencio y absortos, con algún pensamiento indefinido, ese rojo caliente que hará la cocción en forma perfecta.

Mientras se alimenta la hoguera interna con troncos amontonados en la puerta de la cocina, en otro ángulo comienza el amasijo dentro de la batea. Con las mangas arremangadas, un delantal y un pañuelo en la cabeza, los brazos se hunden y vuelven a hundir en un ritmo constante y armonioso. Enseguida, la masa

reluciente responde a los impulsos y fuerza de los puños, y entonces el volumen aumenta gestando en su seno el fruto tan apreciado que la familia habrá de consumir durante la semana. Cuando llega al borde del receptáculo se impone el descanso pues el engendro significa energías que deben volver a un justo equilibrio, debajo de un mantel. Si todo está a punto, con una destreza y habilidad consagrada por larga experiencia, cortando trozos de masa se da forma a cada pan.

Las manos los modelan como si fueran una obra de arte surgida con ingenio y dedicación. Cada golpecito pule el contorno con una geometría particular pues si se buscara un nombre para esa forma, tal vez no exista entre los vocablos uno adecuado con precisión. Más exacto sería llamarle por las líneas purísimas del amor, ya que al dejarlo en reposo, terminado y listo para hacer su entrada al calor del horno, la última mirada, no es más que una oración. Pero hay una contradicción ancestral a esta actitud pues con la velocidad de un rayo y en maniobra casi macabra, una hoja filosa de acero los atraviesa partiendo su vientre en dos. La herida se abre y ambas mitades se acomodan definitivamente. Es un detalle necesario y correcto para una mejor cocción.

Las brasas se han retirado del horno y un vacío caliente recuerda el drama medieval. Cumplida esta escena, la pala de madera va y viene con rapidez acomodando cada uno en la superficie semicircular que, con una temperatura muy elevada, se apresta a cumplir su misión.

Cuando la docena está ubicada con estrategia en el interior del recinto, se cierra herméticamente la boca del horno y toda la familia suspira con profundidad y satisfacción pues largas horas de trabajo han concretado el fruto codiciado.

Unos lo sueñan en sus delicias llevando a la chacra un trozo en el bolsillo, otros ya lo digieren junto a la leche recién hervida que rebalsa en la olla grande de la cocina; los más chicos, con



la simpleza de esa infancia que goza en la sencillez de las cosas, piensan en el pedazo que pondrán bajo la almohada para comer a media noche si se despiertan. El olor fresco de la hornada llega hasta la vecina, quien se debate para alimentar a sus trece hijos. Se acerca con humildad franciscana pidiendo prestado aunque sea una mitad, hasta que pueda amasar y devolverlo después. Siempre se podía en esta admirable fraternidad humana.

Y alguien, con rostro de mujer y madre, se sienta en un banco improvisado pensando si doce panes alcanzarán para la semana

y si todos podrán comer de ellos como Dios manda, y alimentarán su cuerpo y el trabajo será cumplido con eficacia para que en la mesa no falte nunca y haya paz y alegría en la casa. Con ese pensamiento envuelve tiernamente a cada hijo, y lo abraza y lo mece en el alma, mientras en sus labios se dibuja un ¡Gracias! Padre Nuestro que estás en los cielos, el pan de cada día dánosle hoy...

LANAS

Las ovejas transitan despacio hacia el campo comiendo algún pasto que rozan por el sendero y llevando a cuesta la mansedumbre universal que pintara Murillo. Una tras otra, forman los eslabones de una cadena blanca y muy suave que se desplaza con la monotonía de la rutina, sin quejas ni proyectos diagramados con tiempo. Obedientes y sumisas, van, nomás, esquivando escollos y cabeceando un poco para marcar a compás la marcha en busca de la hierba codiciada sin pretensiones mayores, con tal que sea alimento para el día. La esquila las ha despojado de ese colchón mullido y rizado con que adornan su superficie en un abrigo irremplazable.

Los vellones, obtenidos con una prolijidad impecable de la cual se hace gala, son embolsados y llevados al galpón para escardar, colocándolos en grandes pilas que casi llegan hasta el techo. Ya han sido clasificados en calidad, así que ahora se hace la discriminación de los bultos según sea de primera, segunda o tercera, teniendo también en cuenta el color, pues si bien predomina la blanca, hay un buen lote de ovinos negros muy estimados por las artesanas que hacen mantas. El trabajo de las escardadoras es en realidad hecho para aquellas personas muy singulares que no ven el paso del tiempo, ni las horas ni los días, y a su vez gozan de esa especial felicidad que les brinda una acción plena de serenos momentos repetidos casi inconscientemente y

sin despliegue intelectual. Por el contrario, el pensamiento divaga y se escapa en hechos fantasiosos cargados de utopías, con el nacimiento de ideas que afloran sin pesos ni medidas hasta que el mismo material que se trabaja obliga a reaccionar, para tan sólo comprender cuán monótono es lo que se está haciendo. Algunas tejedoras prefieren abrir la lana a mano como tarea previa al hilado, y aquí se está ante otro juguete casero que los octogenarios manejan de maravillas como un arte obtenido a fuerza de largas prácticas a través de la vida.

Observar una abuela sentada frente a la rueca es lo mismo que contemplar a un niño que intenta mover al mundo con un pedal. Por un lado se nota la satisfacción de actuar sobre la materia prima obteniendo esa hebra trabajada con tal perfección que conserva la misma estructura y grosor hasta el final, y por otro, la rapidez conque todo se mueve y ejecuta apurando la madeja sin descansar, una tras otra, como si fuera una máquina en el punto máximo de aceleración. Detenerse es cometer una infracción que pesa demasiado, así que el trajinar casi nunca tiene pausas en horas extendidas hasta muy avanzada la noche, pues junto a un farol o lámpara de kerosene, nada interrumpe la labor de esas manos tan hábiles y expertas en artesanías milenarias. Rápidamente se van sumando los madejones que se cuelgan de un soporte colocado entre dos sillas y a los cuales se los mira casi de continuo, pues ellos coronan la primer etapa del trabajo con el regocijo lógico de la labor cumplida. La lana de toda la majada va desfilando así en esa transformación maravillosa que se identifica con el calor en el invierno para toda la familia, y con el aliciente tan grato que producen las cosas elaboradas por uno mismo.

El lavado es algo más ingrato pues requiere condiciones climáticas esenciales para que seque rápido, dándole una suavidad de seda cuando todo está bien hecho. A veces, cuando la canti-

dad es mayor, la limpieza se hace directamente en el arroyo debido a los enjuagues múltiples que requiere. En esto existe un sentido práctico especial en cada mujer que lo hace, llevando consigo un “algo” muy propio que no falla y que les permite lucirse ante la vecina que viene a ver cómo quedó la obra.

En cuanto al teñido, con los colores más diversos, se ejecuta en forma impecable con la anilina “Colibrí” tan cotizada frente a cualquier marca, poniendo las madejas a hervir dentro de la solución preparada en tachos muy grandes, agitando el contenido continuamente con un palo largo y alisado con prolijidad. Quienes utilizan vegetales como la remolacha o el eucaliptus para teñir, están frente a una experiencia química magistral por los colores hermosísimos conseguidos con su ciencia casera. Para el secado se cuelga todo al sol o a la sombra de un árbol donde corra mucho aire, según sea el color que no debe ser afectado en este momento esencial de fijación.

La utilidad que presta la lana tiene tantas facetas que sería difícil prescindir de ella. En sólidos telares de madera, muchos hechos en la casa en forma simple y rústica, se tejen pesadas mantas con las que se atacan los fríos intensos de las bajas temperaturas; con agujas de crochet se realizan grandes pañoletas para cubrir las espaldas de las abuelas o de los enfermos que guardan cama; las tricotas son las prendas más comunes que usan todos, grandes y chicos, hasta que aparecen los días más templados de la primavera. Se tiene una maestría inigualada para la confección de medias que se usan tanto con los zuecos del trabajo como con los botines de vestir, así como también, las gorras para dormir. Con la lana de inferior calidad se fabrican los colchones que resultan más cómodos que los de chala, a igual que los cobertones que alternan con los rellenos con plumas de palomas. Si se agregan los almohadones y las alfombras que adornan los dormitorios, se puede tener bien claro el valor e



importancia de este elemento tan caro para vestir y para la existencia de una casa de campo.

Por eso, al contemplar aquella oveja y su cordero paciend mansamente por la heredad, su figura se prende y llena de dulzura por su capacidad asombrosa de dar calor a la humanidad prisionera de los vientos helados.

EL MOLINO

Dos grandes compartimientos de ladrillo cobijan cada uno de los dispositivos especiales para la molienda del maíz. Ambos llevan consigo la tradición de los ancestros, especialmente en las formas y en el espíritu de trabajo, pues toda la familia desfila por turno a cumplir con la parte que le toca hacer desde el comienzo de la tarea.

Una pequeña montaña de espigas ya deschaladas esperan ser desgranadas en un rincón del gran salón que se ha llenado de color, mientras que otra cantidad de grano es colocada en un gran embudo de madera que está sobre las maquinarias, después de ascender por un banco inclinado hecho con un tronco hasta una especie de mesa más alta que permite controlar todo el proceso. Pero quien mueve esas ruedas y esos hierros es un malacate que se encuentra en el ambiente contiguo separado por una pared. Si la tierra gira alrededor del sol tantas veces y el sistema se mantiene a través del tiempo con sabia precisión, las vueltas que dan esas mulas en el día marcando una circunferencia sobre el piso de tierra, son dignas émulas de las figuras espaciales. Estos animales adoptan la solemnidad de quien se siente imprescindible y aceptan la función con una resignación sumisa. Ellos no pueden romper el ritmo de la marcha y deben moverse acompasadamente, sin marearse, para lo cual se le colocan vendas en los ojos, pero si alguno se adormece, y su andar se retrasa por

cansancio o acostumbramiento, cae implacable sobre sus ancas un cilindro con clavos de hierro, azuzándolos para que sigan.

Del centro del malacate se contempla la escena. Cada vez que esto ocurre, no puede evitarse llevar el pensamiento a aquella página de la historia romana y de tantas otras épocas y lugares del mundo en que el látigo brutal caía sobre el hombre esclavizado para obligarlo a forzarse en el trabajo, azote tras azote, sobre los cuales se labraba el progreso económico de los imperios. Algo así ocurre aquí pero con una diferencia. Generalmente el animal se cuida de ello, y nada le sucede. Pero si alguno es picaneado con insistencia se lo cambia rápidamente, pues algo le pasa. Nadie debe trabajar a disgusto ni con problemas, ya que perder el ritmo es romper la armonía de un todo compenetrado íntimamente. El sufrimiento de las bestias no puede formar parte del quehacer cotidiano del hombre junto al de las máquinas. Enseguida viene alguien a indagar el secreto de esa mula retrasada con un diálogo extraído de un drama: ¿pues qué ha pasado, o has comido mucho, o tienes hambre, o extrañas la cría? Pero es que estás cojeando, ven que te haré los cascós...

Y sigue girando y girando ese tropel alrededor de un centro mientras las bolsas se llenan de una harina dorada, que obliga a dibujar una sonrisa de contento y optimismo. Varios colonos esperan. Algunos han venido desde muy lejos en carro playero tirado por ocho caballos. Estos están en el potrero ya preparado para el que desata y pasa la noche. El gringo matea debajo del encerado o dentro del galpón. Se trae para comer una buena porción de jamón, panceta y un pan entero que devora con avidez. Como ya es cliente de tiempo se lo convida con una taza de leche, aunque a veces un jarro de vino cae mejor y lo prefieren con la carne muy condimentada que están comiendo.

Cuando la carga está lista, parte el hombre sentado en lo más alto, manejando con habilidad la doble hilera de roanos y alaza-

nes, que tiran con fuerza desafiando el barro o campos sin huellas para llegar a tiempo. Provisto de comida para el viaje y una botella de quién sabe qué contenido vigoroso, se despide con frases rimadas por la costumbre señalando al lucero con coplas al amanecer soñoliento, o a la luna rodeada de aros difusos, o estrellas, o vientos. Son verdaderos rumoreos mañaneros. Siempre se pronuncia el mismo temario en estos casos, mezclado con voces o sonidos guturales para cada animal que los reciben como mandato imprescindible para la marcha. El conjunto conforma una unidad a medias pues cada uno parece tener conciencia del cargamento tanpreciado. A la distancia se observa un bulto que se aleja, pero se oye todavía con bastante claridad un ¡vamos, vamos! que se esfuma en la mañana.

A todo esto, el molino sigue emanando esa harina tan cara a la existencia cotidiana en un canto permanente a la vida y al trabajo, realizado con esmero y conciencia paternal.

HOLOCAUSTO DE INVIERNO

La escarcha del estanque denuncia la crudeza del tiempo. El frío penetra con fuerza implacable endureciendo los rostros y apurando el trabajo; todos se mueven rápidamente dentro de una expectativa singular pues esta jornada ha sido largamente esperada. Faenar un cerdo y elaborar tantos productos en un solo día significa el recorrido vital de una gama muy variada de sensaciones: destreza, reunión familiar y, por sobre todo, el sustento hasta el verano.

Los hombres aseguran el lazo, el filo de los cuchillos, los implementos de la tarea, mientras las mujeres preparan el ajo, la pimienta, la cebolla, nuez moscada, sal. Olvidarse de algo es una falta grave que se observa con el chiste picante y directo. Nunca en el año se oyen tantos dichos, aforismos y expresiones típicas como en este momento especial de la vida de campo, los cuales se graban enriqueciendo maravillosamente el léxico popular.

¡Vamos! se oye entre voces alegres y picarescas; es que comienzan las manos en la obra. Enfrentarse a la bestia porcina, que espera con una tristeza callada el veredicto fatal, obliga a recogerse un instante ante las leyes naturales de la existencia, hasta que se encuentra aquella frase que alguna vez se ha oído: “los animales han sido creados para servir al hom-

bre". Y en actitud de poseer el derecho, se procede al sacrificio brutal cortándole una vena con lentitud suficiente para que fluya totalmente la sangre, recogida en un recipiente y removida en forma continua. Con el agregado de leche, bastante cebolla y demás condimentos comunes, la experta de siempre se especializa en las morcillas.

Con un aparejo se levanta el cuerpo sin vida, lavado, rapado y se lo despedaza separando la carne del tocino. Se pasa luego a la especie vacuna ya elegida que ha de correr igual suerte. Otra vez el quejido se extiende como una pena que duele y llena de lamentos hasta que se apaga en sí mismo aceptándose las cosas como son.

Dos víctimas han caído en el holocausto tradicional de los primeros fríos del invierno: por ellas se sigue trabajando. El cuero por un lado y las entrañas por otro, pero los grandes trozos utilizables en los embutidos son llevados para ser picados junto con los anteriores, mezclándose todo en la gran batea de madera. La sal y pimienta se agregan en las mismas proporciones que utilizaron los abuelos. Nada se cambia en costumbres seguidas con exactitud asombrosa a través de generaciones que heredan hasta el plato que sirve para medir las cantidades. Circula mientras tanto una copita de "algo fuerte" como para dar coraje y seguir la faena con entusiasmo vigoroso ya que el instante, sentido y lastimero de esta estampa colonial, ha pasado con gloria.

Se está frente a la esencia del trabajo que se vive tan intensamente como la mejor de las fiestas. El adobo es una ceremonia de la que participan todos por igual pero, mientras uno capitanea la distribución de los elementos con la sapiencia fiel de una antigüedad ilimitada, pues las justas proporciones se traen con la experiencia de los ancestros, otros vaticinan el

posible error infinitesimal que puede deslizarse por la composición de las especies. Hasta el perfume de los condimentos es motivo de juicios dispares para conseguir el éxito de la obra, y mientras estos se asientan con lógica y precisión, sobre hierros improvisados de genial parrilla, entrañas y costillares se doran lo suficiente como para alimentar a toda la familia, al amigo y al vecino que disimuladamente se han acercado al banquete, previa ayuda en cualquier cosa donde es necesaria una mano. Mas el momento culminante se produce cuando dando vueltas a la manija de una breve máquina instalada sobre una mesa, se enrosca y desenrosca en uno de sus extremos lo más cotizado para pasar el invierno con suficientes energías: el chorizo. Se suceden unos a otros con rapidez y elegancia en sus formas extrañas e imprecisas ante las miradas risueñas de los chicos y satisfacción de los grandes, cubierta apenas por una sonrisa en silencio.

Suman cientos y cientos. Colgados de palos, que han sido guardados cuidadosamente del año anterior, se colocan en travesaños que penden del techo de la cocina, la cual se impregna con ese aroma exquisito que todos saborean con un gusto especial. Más allá queda el queso prensado con una piedra cuyo peso ha requerido fuerzas hercúleas para mover, y en grandes receptáculos de hierro ennegrecido, con tres patas sobre brasas radiantes de tronco de ñandubay, se preparan la grasa y los chicharrones que conforman otra faceta de la faena, más un sinnúmero de pequeñeces que se suceden alrededor del objetivo central.

Cuando el frío de la noche se vuelve intenso y casi intolerable por su agudeza, todo el trabajo se encuentra terminado. Espectadores y partícipes de la escena rodean con regocijo el fogón hilvanando cada uno el pensamiento que aflora por las

circunstancias, pero es innegable que en el fondo late la ausencia de aquellos dos animales elegidos para inmolar en este día trascendental en la vida de la Colonia, pues su existencia está tan ligada a la del hombre que hasta se siente por ellos. Mañana, otros serán los señalados, y así, hasta el fin.

LAVAR EN EL ARROYO

Detrás de la aurora brillante del verano, con la magia del color reverdeciente de la naturaleza exuberante, amanece el lunes cubriendo con intensidad la hoja del almana que. Lo anuncian el trinar de los gorriones y el coloquio de las palomas. Allá lejos, el mugido de una vaca, el ladrido de un perro, completan el concierto para un vasto escenario que dista entre la casa y el arroyo.

Es día de lavar. En una bolsa se apretuja hasta el tope la ropa blanca y en otra, la de color. Con una barra de jabón y tres cuadritos de azul parte el grupo a pie y con el equipaje al hombro. Se atraviesa la quinta y los manantiales, cruzando luego un campo y dos alambrados. Se llega bien. Muy cerca de la orilla quedan las cosas sobre la hierba verde y limpia como si hubiera crecido sólo para eso.

Un suspiro hondo y una mirada distante obligan por costumbre a inspeccionar la costa tal como si lo hiciera un general ante un desembarco en el que anticipa el éxito de la batalla. La conjunción de elementos se da con precisión. El cielo límpido con el celeste intenso que los poetas filtran en sus versos, los rayos del sol despertando al día y una corriente de agua mansa y transparente que va y va, sin descansar y no deja nunca de pasar. Es tan acariciante y fresca que transforma el trabajo en gozo, ¿Y las tablas? Semana a semana descansan al pie de un fuerte ñandu-

bay. Nadie osa tocarlas simplemente porque tienen dueños que realizan la tarea del lavado en ese lugar. Cuidadosamente son colocadas en el barranco donde se forma una pequeña entrada sobre una profundidad de casi dos metros. Se podría pensar en una bahía y un cabo reducidos a una mínima expresión. Pero solamente es un recodo plácido que ha de cumplir una misión nunca pensada.

A lo largo se van colocando las prendas previamente mojas, una sobre la otra, tan prolijamente que un sentido inconsciente de estética prevalece en la obra. Luego, el pan de jabón con fuerza y vigor es deslizado en la superficie que se humedece a la par. Las telas blancas son trabajadas en primer término pues ellas se extienden enjabonadas sobre el pasto para que el sol complete el blanqueo. El hilo, el lino y el clásico lienzo están todos juntos con los bordados a mano dejando filtrar hojas audaces por los calados y puntillas; cada tanto se rocía con agua limpia. Mientras esto ocurre, la ropa de color entra en su turno y se golpea sobre la tabla, se aprieta y se la vuelve a extender. Rápidamente se enjuaga, quedando lista para secar sobre un alambrado cercano.

A esta altura, ¡ay de las rodillas, ay de la cintura! Al ponerse de pie cambiando la posición, todo el cuerpo parece quebrarse en pedazos por un rato nomás, pues faltan todavía aquellas expuestas a los rayos solares que deben azularse en un latón. Se hace luego una pausa. Una buena ojeada al horizonte siguiendo el curso del arroyo, descubre el espectáculo risueño y conmovedor del día lunes: por doquier han brotado lavanderas, carruajes, caballos que aprovechan para comer, chiquillos que brincan sobre un sauce llorón derramado con ternura sobre la corriente, canes que se bañan ufanos mientras esperan, un fueguito calentando agua, mujeres arrodilladas por su trabajo, pláticas y risas. Las horas se desgranán apacibles.



El mediodía del verano aprieta con fuerza. Las garzas inspeccionan a lo lejos la presencia de visitantes extraños en donde fueran sus moradas tranquilas de la semana. Aletean y reposan sobre una sola extremidad como gimnastas reflejados en el espejo líquido de una escena clásica. Un pájaro se zambulle en picada certera buscando su menú mientras un conjuro de cigarras dan entrada a la siesta. Calma y quietud. Es que el trabajo está terminado en toda la ribera. La ropa seca y doblada permite que todo vuelva a su lugar: tablas, jabones, recipientes. El perro presente la partida al instante moviendo la cola y abriendo la boca como si pudiera gritar a todo el mundo su especial estado de ánimo. Un sapo agazapado ya no le importa, y el paso lento de la tortuga buscando una sombra más espesa, le da lo mismo que un bólido en el firmamento.

La dispersión del gentío se hace con un sincronismo tan regular como medido, marcando el cansancio con el silencio

sonriente y un beneplácito general. El grupo retorna desandando el camino. Al franquear el tiempo largo, y recordar, aún se puede observar el sendero marcado hasta el arroyo que espera, y espera, aunque ya nunca más por él nadie irá!

LA FRAGUA

La primera habitación construida al llegar de Europa se ha transformado después en herrería, teniendo a continuación la pieza de los zapatos, la del carpintero, la de los quesos, el molino, depósito de forrajes, el horno y el galpón de las maquinarias. La vivienda es un edificio separado por la enramada de jazmines blancos.

Martillo tras martillo, golpe tras golpe denuncian el trabajo del laboreo del hierro desde muy temprano. Pareciera que forjar el metal tiene a su vez el significado de modelar el espíritu y el carácter a la par, pues han llegado a un lugar donde todo hay que hacer y con las propias manos, sin posibilidades de mirar hacia atrás salvo en la valentía y fortaleza al dejar sus montañas, atravesar los mares y perderse en la soledad de los campos argentinos sin límites en el horizonte.

Entonces ese ruido uniforme, continuo y penetrante entre dos masas, se extiende en lontananza con el poder magnánimo de endurecer a los débiles o maleables y arraigarlos al suelo que pisan sin soñar demasiado con lo que han dejado, adquiriendo la consistencia de la dureza regeneradora, a igual que los instrumentos fabricados.

Todo está dispuesto para trabajar ordenadamente. La fragua, esa especie de mesa ferrosa, alberga al carbón de piedra encendido al rojo radiante como trozos imaginarios de estrellas abra-

zadas por una atracción física irregular, cuyos destellos chisporrotean en un manojo de luces enloquecidas por alguna explosión repentina. Entre ellas está dispuesto el material que ha de constituir una reja después de obrar acabadamente sobre aquél. Con largas tenazas, el herrero de grueso delantal protegiendo el cuerpo y bien calzadas antiparras cuidando la vista, le da vueltas para obtener la temperatura exacta de calentamiento hasta que, llegado al punto correcto, se afirma y traslada la masa candente sobre la bigornia o yunque que descansa sobre lo que fue una rueda de carreta antigua, o sea, un tronco de madera durísima.

Enseguida comienza la tarea fuerte e inteligente del hombre que debe obtener una herramienta de esa materia roja informe con sólo el choque violento de dos cuerpos, amenguando o aumentando las fuerzas según sea el grosor que se busca. Cuando su esfuerzo se concentra en el filo obteniendo una lámina delgada y cortante, reúne en un centro todas sus fibras sin ceder un instante en la compenetración de la acción desarrollada con fiereza equilibrada y hercúlea, transformándose en uno de esos seres titánicos que tan bien nos describen las leyendas antiguas interpretando heroísmos y personajes que se divinizan con el recuerdo.

El calor de los carbones torna el rostro quemado y rojizo. El sudor que corre a raudales sobre la tez del herrero hacen de su piel rústica una de las ágatas veteadas en colores difusos, tan cotizadas por los buscadores de piedras brillantes, que la comparación es verdaderamente precisa y justa. Pero lo notable de esta labor hermanada a la dureza desde su origen es que lleva consigo algo del arte y mucho de placer espiritual: al modelar el hierro lo transforma en maravillas creadas a mazazos e ingenio, y al mismo tiempo, el canto sonoro y profundo emite y traduce una felicidad muy especial que surge del fondo de un corazón

palpitante. Durante toda la jornada se oyen tararear los versos en patois de alguna canzoneta conocida mezclada con salmos en latín, siendo el tono tan estridente que llega con claridad hasta los vecinos, quienes identifican las actividades realizadas al unísono. Esto es una constante que se da en la Colonia con regularidad y obliga a pensar en la necesidad saludable que tiene el colono de exteriorizarse entonando su voz en el quehacer de cada día, deduciendo que ello ha sido un complemento primordial como alimento y sople vital de cada persona en continuidad de las costumbres ancestrales.

Junto al yunque hay una pileta con agua que, al ser introducido el hierro caliente, salta y se queja en dolor agudo y atroz pero breve, con la virtud de templar el metal dándole la consistencia requerida para resistir su función específica. Más de una vez ha servido también para enjuagar sudores y borrar el tizne de las manos que, con pulcritud acariciante, se aprestan a tomar el producto fabricado observándolo en detalle para darle la aprobación tajante: ¡perfecto! Las rejas, bulones, tuercas, ejes, picos, azadas, rastrillos y otras tantas piezas de las maquinarias se van sucediendo sobre la bigornia corrigiéndoles errores, desgastes, defectos, haciéndolas totalmente nuevas cuando es necesario.

Sobre una pared se van colocando todas las herramientas colgadas de un clavo como si estuvieran en exposición, pero el objeto es tenerlas siempre listas en las emergencias y no interrumpir el trabajo por carencia o rotura. Se ha comprobado que se gana tiempo haciendo lo que falta en la casa y no ir al pueblo en su búsqueda, ya que esto demanda el día entero, con suerte. Casi siempre había que llegar hasta Paysandú en bote pues allá el mercado era más completo, consiguiéndose lo insólito y más difícil de obtener.

Por todo lo dicho, la fragua se convierte en el punto de origen de un largo proceso que acompaña a la vida del colono en

su lucha cotidiana. El brillo centelleante de su fuego capaz de frutos tan caros por la mano hábil del forjador, rodeado siempre de ese chisporroteo tan límpido y puro que se irradia como un sol reducido pero resplandeciente y vigoroso, permite sustraerse un instante para compenetrarse en el misterio histórico del mismo que las distintas civilizaciones le dieron, y extraer su valor inconmensurable vivido intensamente por el hombre jubiloso y satisfecho de su fuente de trabajo, generador de obras, de mejores pensamientos y de una inmensa y sana alegría, traducida en el canto transparente de su corazón.

Así lo escribe Jean Alcard:

Gracias hombre bravo, hombre justo.
Quien hizo un trabajo fuerte, con su brazo robusto.
Más puede ser que un día cuando sus hijos lloren
echándole la sábana de su cama sobre su frente
y cuando sean cruzadas sus pobres manos heladas
que él, viviendo inmortal con sus buenos pensamientos
dejando su vida para todos un ejemplo, un consejo
sienta brillar su corazón como un sol en sus últimos
[momentos.

SOCIABILIDAD

LA MESA

Casi cerca del mediodía la gente va llegando de la chacra, despojándose de sombreros y pañuelos al cuello. Lentamente se arremangan para refrescarse y desprenderse de ese polvo mezclado con sudor que se adhiere a la piel con fuerza telúrica, llenando poros y arrugas en extraña cartografía física. Cada uno integra pasivamente la antesala de la cocina. No siempre es la galería contigua: la sombra de la enramada o del paraíso es buena para tomar un mate amargo como aperitivo gaucho y preparar así el estómago para recibir el alimento necesario con los ingredientes infaltables de enredos, el dicho oportuno o el percanche de la mañana. Este brebaje con yerba de palo comprada en bolsa, recipiente extraído de la planta y bombilla de plata, viene desde la cocina en manos de mujer quien, de pie al lado del que lo toma, espera con paciencia bíblica, de abnegación o de quién sabe qué madrigal enternecido, que la succión se acabe para repetir tantas veces el viaje que, pensándolo en ecuaciones, ha de sumar kilómetros en franciscano silencio cada vez que debe cebar mate para tantos. Alguien se apresura a terminar esta etapa con un: ¡gracias! lleno de ceremonias, y saca de entre esa faja negra que en varias vueltas rodea su cintura, una bolsita cosida a mano en cuero tan gastado que ya es un pergamino. Con lentitud y precisión impecable, arma el cigarro que saborea como si la vida se esfumara y renaciera a cada instante en esas volutas

con que juega el humo dándole consistencia a los sueños e ilusiones, huyendo un poco y acercándolo de nuevo a las sensaciones naturales.

Dentro de ese clima de descanso y espera es cuando se oye una voz como de heraldos consagrados en la fiesta: ¡la comida está lista! El que no se arquea como un felino, salta como un resorte escapado de su atadura. Uno se pone la alpargata, el otro usa dos dedos para peinarse y el más astuto afloja el cinto llevando instintivamente la mano hacia la hoja envainada. En orden y respetuosamente van haciendo su entrada en la cocina-comedor. Ésta tiene gran tamaño pero pocas cosas: el fogón, dos hornallas, un aparador de doble cuerpo y una mesa de dimensiones no comunes con bancos largos y varias sillas. Veinte personas caben cómodamente a su alrededor. Se sienta primero la autoridad paterna en el lugar privilegiado y lo hace con la misma solemnidad de quien preside un reino poderoso rodeado de súbditos; luego, hacen lo mismo el resto de la familia junto a los peones y criados, sumando un núcleo numeroso y heterogéneo, tanto por parentescos, relaciones, actividades y cultura.

Cuando están todos ubicados se produce una cierta calma religiosa cimentada con fuertes lazos de tradición, interrumpida por breves alocuciones del dueño de casa. El mantel damascado, los platos con sello de Inglaterra, Holanda o Francia, cubiertos de fabricación económica, pan casero y un gran botellón con agua están sobre la extensa superficie de madera. La damajuana de vino tinto ha sido ubicada en el suelo junto al patrón.

El preámbulo a la mesa del mediodía ha tocado el punto. A una señal imperceptible para los comensales, la doña responde a la dura e imperativa expresión del rostro-jefe apareciendo con una cacerola ancestral y un cucharón de regimiento y, enseguida, sirve a cada uno de los presentes la esperada sopa de arroz, espesa y humeante, con dientes de ajo nadando como cisnes y

trozos de cebolla como filas de remeros. Algún rostro infantil se retuerce en su rechazo, pero nada de lo que está servido se deja ante la revista de la mirada paterna.

El silencio total por ausencia de palabras se interrumpe ante los gargarismos de quienes confunden la acción de comer con la de embocar un triple desde la cuchara. Luego aparece una fuente de puchero, papas y zapallos, moñatos, todo elevado a la enésima potencia en tamaño, cantidad y presencia grotesca. Sin cambiar la vajilla se sirve primero "V.S.", pues así podría llamarse en su época a aquella figura calcada en cada familia por la severidad con que rige la mesa ya que por una palabra, risa o estornudo, exige el retiro inmediato del causante para no probar más bocado hasta el día siguiente. Además, ante un breve relato o anécdota pronunciado una vez saciada la hambruna tremenda, los participantes del almuerzo asienten dibujando una sonrisa con el músculo del rostro que hallan desocupado sin oponerse jamás a su amo.

La familia conoce las costumbres, pero el nuevo peón debe estudiar el asunto con mucha táctica y cautela, pues si habla sin que le pregunten o se vuelve parlanchín y jocoso, seguro que es despedido. Pero aprenden rápido hasta las picardías. Uno había cortado muy grande el trozo de pan y como por ley natural no se deja nada, lo fue poniendo disimuladamente dentro de la manga de su blusa para desaparecer con él.

El postre es el resultado de la habilidad femenina. Aquellos orejones que habían sido secados sobre el techo de la casa, hoy son delicias del paladar: hervidos con azúcar o en forma de pastelitos constituyen la culminación del ágape en un día de trabajo común inmortalizando esa mesa acogedora que nadie puede olvidar ante tan republicana constitución: la arrogancia patriarcal proyectada desde un medioevo sin tiempo, las mujeres sumisas, abnegadas y sufridas hasta rozarse casi con un esclavismo

indefinido en el vocabulario modernista, el peón, el allegado, el criado, todos hermanados bajo el mismo sello tan caro del respeto, el silencio circunstancial y la cristiana caridad junto al pan de cada día.

A LA ESCUELA

Se pierde el camino en su distancia de tres kilómetros para llegar a la escuela del pueblo. El crudo invierno ha cuajado la tierra con una gruesa escarcha quebradiza como espejos diseminados en popular subasta. Al pisarlos se vuelven añicos, y uno se entristece porque esa belleza blanca de la mañana se deshace al paso del hombre y del rayo del sol, pero hay algo que juega adentro con intensa alegría por la naturaleza distinta con sus sábanas de cuna que nos ofrece al despertar. También es blanca la leche que se toma al partir, igual que el guardapolvo lavado en las aguas puras del arroyo y alisado amorosamente con almidón poniendo en la plancha las mejores brasas de la cocina.

Con pizarra, cuaderno y un pedazo de pan en la cartera de doble manija, enseguida se forma el grupo numeroso con los vecinos que también van a estudiar en el mismo lugar. Aparecen entre los cercos blanqueados por la helada pues algunos cruzan chacras o campos para acortar el trayecto. Se camina ligero. Los más grandes van ufanos adelante, pero siempre hay un hermano que espera al de siete años, aún pequeño para seguir el ritmo de los demás. El frío no se siente todavía porque es temprano: sólo las narices humedecidas delatan los vientos que golpean los rostros, demasiado tiernos pero ya curtidos para la estación. Casi todo el conjunto lleva zapatillas para cambiarse las rotas que se usan sólo en la Colonia. Éstas se dejan escondidas entre las

malezas para tenerlas al regreso así no se gastan las nuevas que hay que cuidar y evitar que se destrocen. No siempre hay dinero para comprar otra. Más de una vez se ha oído la voz materna alertando sobre la conservación del calzado, pues mientras las gallinas no pongan una docena de huevos no se puede adquirir otro, y entonces, noche tras noche, se hace el zurcido del agujero que atrozmente marca el dedo grande y, previo lavado, pasan su reposo nocturno en el horno para tenerlos secos en el día después.

La entrada a la escuela bajo el tañir de la campana, tiene emociones tan extrañas y opuestas como las divagaciones jónicas sobre el ser. Una justa armonía y equilibrio se produce al recibir el saber y aprehenderlo en su raíz. La ansiedad intelectual se convierte en un juego del cual se disfruta intensamente y es imposible saciar. Pero hay interrogantes que no son cubiertos por ninguna exégesis: ¿por qué el maestro sabe y quién le enseñó a enseñar? Este problema, por falta de explicación, ha sido siempre el más profundo de las aulas, resuelto tan sólo cuando las circunstancias se dieron de tal forma que el mismo alumno, a través de los años, se convierte en modelador de educadores.

La enseñanza es intensa y las exigencias y disciplina son férreas, pero lo notable del aprendizaje es el interés de los padres en conocer el contenido del mismo. ¿Qué aprendieron hoy? Esa pregunta formulada diariamente obliga a una síntesis exacta para no perder la confianza. Entonces se produce el sorpresivo paralelismo del conocimiento escolar y la sabiduría práctica de la experiencia paterna. Uno de los eternos planteos es el de los grifos que con distintos caudales llenan partes del tanque. No se terminan de expresar las cifras que sin lápiz ni papel, con la rapidez de una calculadora automática, el padre contesta: faltan tantos litros y se llena en tanto tiempo. Imposible saber los pasos seguidos, pero el resultado es exacto. Y así con todas las mate-

rias. Estas vivencias de transportar lo aprendido a la familia tiene el sabor indescriptible de una interacción de instituciones tan saludable como satisfactoria que fortifican la vida. Se lo siente con profundidad.

Pero los bemoles no están ausentes del pentagrama trazado por el suspiro de los seis días de la semana con tarea escolar. Se llega del campo con las mejillas sonrosadas por el largo caminar, el brillo radiante en la mirada y la alegría propia de quien gusta de lo que hace. ¡Llegaron los gringos! nos dicen burlescamente los compañeros residentes en la villa. Y entonces uno piensa si vivir en la Colonia o ser hijos de inmigrantes es motivo de risa para los demás. Con razonamiento acabado y desprovisto de pasiones se acepta la condición en que se vive aferrándose aún más a la modalidad natural que se trae del hogar, tomando por lema impertérrito dejar resbalar los dichos y mofas de los otros. Enseguida el ataque se produce satánicamente a los aspectos materiales insalvables: ¿por qué no usas zapatos? La verdad es que no se los tiene. Las zapatillas están blancas a fuerza de mojarlas con tiza, pero no es ese calzado finísimo de cuero brillante y suela de goma admirado hasta el asombro y usado por la mayoría. Muchos años después uno viene a enterarse que sólo se compraban en Gath y Chaves, la gran tienda de Buenos Aires adonde nunca se había ido. Y otra vez la reflexión fría y clara lleva serenamente a estar en paz con uno mismo dejando la ironía deslizarse en tinajas sin fondo.

La mañana vivida en la escuela se convierte así en una sucesión de situaciones opuestas de las cuales afloran, como un reposo en medio de la borrasca, como un brillo en la oscuridad del alma o una mano tendida en la desesperanza, el amor sincero y sin medidas de la maestra, esa mujer sublime que ve por los ojos de sus alumnos y brinda su enseñanza a todos por igual, castiga y premia, modela y forja como a sus propios hijos. Ella sonríe

largamente viendo el futuro de cada uno con un poco de su arcilla y mucho de su cariño. Con esta sensación grabada con profundidad, el regreso a casa se hace más tierno y tan dulce que no importa que el pan no alcance, la zapatilla esté rota de nuevo y otra vez haya que zurcirla para poder disfrutar mañana de ese encuentro tan fortificante con el saber y su entorno.

LA MISA DEL DOMINGO

El resplandor de la mañana aparece sorpresivamente rasgando la noche que agoniza en un pozo de luz. El blanco campanario emerge por sobre la colina y apenas se dibuja su silueta detrás del caserío de la villa disputando la altura con gruesos eucaliptus, tan añosos y legendarios como la Colonia. Apenas la naturaleza ha despertado en la claridad del domingo: brisa fresca y acariciante, algún pájaro en su trino cotidiano, las aves de la casa ensayando un complot. Todo está marcado con un trazo de pereza en comunión con el universo sumido en largo bostezo. La introducción al día se produce con algo de calma y mucho de equilibrio en los seres participantes del concierto matutino iniciado cortésmente por la flor que tiende a abrirse, la hoja que busca claridad, el animal que se extiende plácido en torno a un núcleo pensante que es el hombre. Los sonidos son ondas contrastantes detectadas netamente en dirección e intensidad complementadas en sus justas proporciones.

De pronto, en estas horas de apertura diurna, la armonía natural de las cosas introduce con fuerza casi imperativa, el tañido de las campanas de la iglesia que se propaga en grandes distancias por la campaña. Si el viento sopla fuerte, es tan claro el llamado del bronce que parece meterse muy adentro hasta prenderse de raíz en cada uno acelerando la partida dominical para el pueblo.

Rápidamente se busca el caballo para el carruaje, preparado en todos sus detalles en el día anterior. Con el vestido de salir, los zapatos nuevos, el libro de misa impreso en latín y la mantilla en la mano se sube al único transporte que enfila por el callejón hasta el camino bordeado de paraísos y acacias, más algunos cardos que se atreven a florecer con una belleza extraordinaria entre las malezas.

Ya han pasado algunos vecinos más madrugadores pues se los ven acercarse al pueblo en sus jardineras, sulkys, carros o berlinas americanas, mientras que otros hacen el trayecto a pie sin muestras de cansancio. Alrededor del templo se van colocando los vehículos en forma ordenada con especial cuidado de los animales briosos, atados con las riendas al tronco de un árbol más una manea que asegura la tranquilidad del dueño. Al tercer llamado de las campanas son muy pocos los que faltan llegar y lo hacen aceleradamente bajo la mirada severa del sacerdote quien ya ha terminado las confesiones, y parado en el atrio dirige una revisión dura y rápida de las vestimentas de las mujeres: medias, mangas largas, escotes cerrados y la cabeza cubierta.

El templo tiene tres naves separadas por gruesas columnas. Al frente, el altar central en honor a San José está orlado por estatuas de ángeles alados, con escalinatas de mármol blanco y largos reclinatorios del mismo material. Las alas laterales poseen también aras especiales: una, totalmente de madera dedicada al Sagrado Corazón y la otra, a la Virgen María. Figuras de santos y las estaciones del Vía Crucis se encuentran diseminadas por las paredes y fustes. Además, se observan al entrar al recinto, dos confesionarios de madera, una pila bautismal muy trabajada y una escalera que conduce al coro.

Juan, José, Pedro, ¿quién no trabajó para tener su templo? La gente se apretuja en largos bancos rezando profundamente y con devoción. El grupo coral, con predominio de voces masculinas,

se desempeña en base al latín a igual que el texto de la misa y las oraciones, dirigidas por el sacerdote, quien está de espaldas al público. En el momento del sermón, el oficiante sube por una escalera al púlpito adosado a una columna. Su voz potente es oída desde cualquier ángulo del amplio espacio con plena nitidez.

La ceremonia dominical constituye una de las concentraciones mayores que se producen en la grey católica, pues juntamente con el oficio religioso se desarrolla el acto social del encuentro semanal en la puerta de la parroquia; una vez finalizada la celebración comienzan las saluciones entre los amigos poniéndose al día con las noticias familiares, los casamientos, los enfermos y las defunciones. Se oye el francés, el patois, alemán, italiano, todo mezclado con un español deformado. Hay grupos que solamente debaten el tema de la producción, el precio de las semillas, la venta de los cereales, la molienda del maíz, los negocios más acomodados. Las mujeres prefieren comentar la moda, el último figurín, el bordado que han terminado en esos días. Mientras los niños juegan sobre las grandes piedras que sirven de tarima para los anuncios y avisos, los jóvenes se apartan un poco para comenzar un flirteo, siempre al alcance de la mirada de los padres quienes disimuladamente van planteando el panorama que le presentan los hijos, con alegría si el candidato responde a los intereses paternos, y con un disgusto rotundo si no tienen su aprobación. Y en esto se pasan varias horas; el atrio, la calle, la plaza, son testigos mudos de un sin fin de palabras entre los colonos sedientos de comunicación.

Cuando el sol aprieta con su calor sobre el final de la mañana, cada uno parte en su carruaje pasando antes por el correo, pues siempre se espera esa carta que generalmente nunca llega, pero que todos la presienten cercana y conmovedora hasta el borde de las lágrimas.

La misa del domingo tiene la conjunción armónica de la piedad religiosa con el encuentro y amistad de los colonos. Doce campanadas anuncian el mediodía cuando ya se divisa el callejón de la casa.

VERRUGAS

¿Por qué crecen verrugas en las manos? Cada vez que se las mira uno pregunta lo mismo y mil veces hay que aceptar la inconsistencia del saber limitado por la infancia. Es inexplicable esa muestra eruptiva o de montañas diminutas en cadena que irrumpen en la piel hasta el extremo de tener que ocultarlas o esconderlas en el modo y forma que las circunstancias lo hagan posible. Los dedos parecen deformados y tachonados de granos terrosos y muchas veces, lastimados por el roce de objetos inofensivos. Cada vez que se apoya el lápiz para escribir, la presión ejercida sobre una de ellas la hiere por su base emanando algo de sangre que se derrama en tinte rojizo dejando su marca indeseable. ¿Por qué emergen vigorosas, rústicas y toscas esas excrescencias de carne cuando aún la niñez no sabe de su esencia? Duele su presencia como una marca ingrata.

Comprende la sabiduría materna cuánto pasa por la mente de su vástago ante el problema, hasta que un día se decide a resolverlo tan solo con una frase: Elías te curará. En la tarde del domingo, con ropas de visita, madre y criatura salen muy temprano hasta la casa del vecino, un suizo venerable, anciano y de larga barba blanca, con rostro piadoso y sonrisa de hombre bueno. Sentada la familia bajo un roble, brotan por doquier cuantos temas atañen a la Colonia: los animales, las sementeras, la fiesta de la escuela, los acontecimientos de familia, esas

manos con verrugas. El dueño de casa se las toma entre las suyas, algo dice entre dientes que no se entiende, algún movimiento acompaña a sus palabras, y mirando a los ojos, dice: "para el sábado a mediodía no tendrás más ninguna".

La semana se desplaza con la lentitud del labriego sin apuro, cada uno en su trabajo cotidiano, durmiendo en esas noches largas el sueño de esperanzas forjadas con tesón. En el almuerzo del sábado, una voz infantil susurra lastimosa: "las tengo a todas", a lo que se le responde simplemente que no se aflija.

Cada uno considera la hora de comer como solemne, ceremoniosa, única en toda su intensidad, para luego continuar el ritmo del trabajo diario. Así es como se dispersa rápidamente la familia y hasta los más chicos deben cumplir con un ritual: llenar los bebederos. Y ante el asombro de lo inesperado, al volcar el agua caen desparramadas, una tras otra, todas esas verrugas intrusas sin dejar rastros siquiera. ¡Ninguna ha quedado! Es que faltó decir la hora con respecto a Greenwich. El mediodía se había cumplido.

Entonces se produce la explicación de los mayores, tan profundas como la vida: son curas. Cómo entender estas dos palabras tan categóricas para algunos y tan etéreas e inconsistentes para otros, como las vasijas sin fondo de los textos inmortales sobre los cuales no alcanzan las palabras para una exégesis formal.

El recién quemado manda el nombre y la edad cortándosele en el acto el dolor, el que se tiene que operar de úlcera se traumatiza y va a curarse recibiendo este mensaje: al regresar a su casa tal vez se desmaye pero enseguida quedará bien, ocurriendo lo dicho exactamente. Otro acude por hemorroides, y con la adhesión de carne fresca se libera de su mal; alguien tiene culebrilla y la más anciana alerta que no le pongan remedios pero que se haga curar. Así, sucesivamente, la gente de campo trata el

reumatismo, las infecciones, torceduras, hemorragias, indigestión, dolor de muelas, tanto como los problemas de los animales. Si están agusanados se da el color del pelo y el nombre del dueño sin mirarlo por tres jornadas. Una potranca no come ni camina y está tirada en el suelo durante varios días: le traen el hombre que hace las curas, explica la dificultad de hacerlo por el tiempo que lleva la enfermedad pero hará lo posible. Cuando apenas se retira en una distancia muy breve, el cuadrúpedo se levanta y relincha en su dirección comenzando rápidamente su recuperación. ¿Qué es esto, pues?

Los médicos no aceptan explicaciones ya que solamente la ciencia es capaz de curar y muchos de los que se dedican a estas actividades son denunciados a las autoridades policiales. Lo cierto es que estas prácticas tan antiguas de aliviar los males, ya por sugestión o por falta de profesionales para asistirse, se han desarrollado en la Colonia entre inmigrantes y nativos por igual. Algunos han adquirido renombre aún en radios exteriores, convirtiéndose sus aposentos en desfile permanente de gente lugareña como de regiones muy distantes. Nadie cobra nada por lo que hace, siendo en general personas muy queridas por su amor al prójimo y dedicación al bien. Más de una vez la única expresión ante el enfermo se revela en una frase sencilla: nada puedo hacer, vea un médico.

Entonces, otra vez la incógnita, los interrogantes, los porqués. En una Epístola se lee que Dios ha dado a algunos el poder de gobernar, a otros el de enseñar, a otros el de curar...

¿Quién pudiera llegar hasta el pensamiento infecto, o la idea deforme, o más, hasta el alma enferma de males y extirpar también sus verrugas anacrónicas?

LINYERA

Llega un linyera. El callejón de tierra negra entre doble fila de paraísos añosos enmarca su figura. Camina lentamente, pero avanza hacia la casa, sin dudas, a pedir posada.

La tarde se va acostando entre tules y reflejos dorados sobre el horizonte inmóvil. La atmósfera pesada y polvorienta aprieta hasta el pensamiento y las ideas se detienen al nacer, no más. Otra vez viene ese personaje sin destino que recorre la Colonia ajeno al rumbo, y un interrogante brota desde lo más hondo. No hay respuesta. Sólo se sabe que existe sobre los caminos largos como para no llegar nunca. O más bien, no le interesa el final. Su paso tiene el andar de siglos como si ya hubiese recorrido toda la superficie del globo y no quedan hoquedades donde no haya depositado su humanidad.

Un cierto aplomo fluye de la sabiduría natural que la experiencia le va dando. Deposita su mirada ausente en la distancia infinita del tiempo y pareciera detenerse sobre un punto inexistente al común de la gente pero para él está ahí, detrás del más allá, como un imán que lo impulsa a seguir andando, haciendo importante su trayecto. Llega porque se acerca la noche y seguro que hoy se le ha ocurrido, simplemente, cambiar el tachonado de estrellas del firmamento que lo acompaña siempre por algo distinto que una familia le puede brindar.

Nunca se llega a saber qué extraña filosofía vive su mente vagabunda, ni si en el fondo existe el bien, o es el habitáculo de meditaciones maléficas que en algún lugar de los extensos dominios de la libertad afloran en el marco de su desgracia. El rostro desencajado, con pómulos salientes, la mitad oculto detrás de una larga barba matizada con hilos blanquecinos, bigotes y tupidas cejas, deja ver la marca rojiza del sol y de los vientos. La cabellera, más tusada que cortada, casi destila aceite viejo debajo de un chambergo contrahecho que de sus formas primitivas ni el esbozo conserva. No es fácil captar el mensaje de ese semblante anestesiado de expresiones y extraído de la piedra.

Andar y andar: ya es bastante. Su ropaje ha sido de otro. Un saco largo y andrajoso cubre tiras que alguna vez un sastre le había dado formas elegantes para lujosos salones a los cuales ni en la imaginación ha visto. Va descalzo y sin problemas en la piel. Lo mismo roza una espina que la arena, el barro o la maleza. Hombre rudo y fuerte como el mal tiempo. Sobre sus espaldas resignadas lleva un atado envuelto en un roído poncho cuyas cuatro puntas atadas hermetizan la carga. Es el mono que en el descanso de la noche, ya en la vía o debajo de los puentes, le sirve de almohada. Ni un cofre portador de una fortuna cuidaría con tanto esmero, pues ahí dentro lleva todo su haber, sus sueños y su cruz. Es más lento su paso al acercarse. Un perro lo ladra, pero no le importa. Los peligros que afronta en su extraña vida son mayores y ahora lo que quiere es descansar.

¡Busco posada! Con dos palabras soluciona presentación, identidad y todos los porqués. Su laconismo exige respeto al silencio en torno de su persona: todo está dicho, como la pieza oratoria más convincente de los políticos en busca del apoyo partidario. No cabe ninguna pregunta ni alocución a la problemática de la existencia fácil o complicada de este personaje que

cada tanto, con otros rasgos pero idéntico objetivo, aparece en busca de un techo para pernoctar. En un galpón hay un catre permanente para cuantos se acercan por lo mismo. El agua y un plato de comida se dan por añadidura con la naturalidad con que se recibe el mandato evangélico, sin pensar siquiera que un malevo forajido o condenado es el que ahí duerme tan libre y tan cerca de uno.

La noche es entonces como una ráfaga de paz que se extiende abrazadora en su tibieza de luna y de estrellas: descansa el que trabaja, el caminante, el que forja en vano sus ilusiones perdidas y el que sueña todavía con lo inalcanzable. Lo cierto es que en la madrugada húmeda de rocío, acariciada por la frescura de las horas tempraneras, retomando el paso cadencioso y rítmico de todos los días, desaparece el linyera por el callejón de paraísos hospitalarios, sin un adiós ni un gracias siquiera. Y otra vez errar y errar por los caminos, conocer otros puentes y otras vías, bajo el mismo sol y el mismo cielo, sin llegar nunca, nunca. ¡Vivere parvo! (Vivir con poco).

LOS IDIOMAS

El negocio de la campaña reúne a todos los colonos pues ahí se consigue cuanto se necesita para el trabajo y para la casa. Es una enorme construcción de ladrillo y cinc con grandes estantes repletos de mercadería de variado tipo: herramientas, semillas, comestibles, telas. Está rodeado de palenques y estacas para atar los caballos, ubicar los carros y facilitar la carga y descarga de los productos. La actividad se mantiene intensa durante todo el día ya que algunos que vienen de lejos desatan al mediodía para descansar y regresar a la tarde, aprovechando a su vez para enterarse de las últimas noticias, saludar a los amigos y cambiar ideas sobre los granos, la siembra, los precios.

Pero lo extraordinario de estos encuentros gringos es la profusión de lenguas y dialectos que se oyen durante la jornada delatando la diversidad de los orígenes de los habitantes de la Colonia haciendo recordar indefectiblemente aquel mosaico idiomático de Babel, con una conclusión definida: la cordialidad no tiene barreras. Risas y voces alegres son pronunciadas en tonos altos y sonoros, enlazándose apenas el español con el potente patois, el dulce francés, el severo alemán, el alegre italiano y el extraño ruso. Muy raro que alguien emita una voz en inglés, pero sí algún changador guaraní asiente en su voz nativa.

Haciendo reflexiones sobre este centro políglota y observando los carruajes que se mueven pesadamente buscando un lugar,

dos hombres de larga barba blanca, saco y chaleco, con sombrero europeo y anteojos redondos y pequeños flotando sobre una encorvada nariz, se saludan con entusiasmo:

Bonzór aĩ vo.

Buenos días.

Tá boĩ...

Ah...

Le bón Djió vo j'ĩdze.

Que Dios lo ayude.

¿Quiénta vatse vein-te?

¿*Qué vaca vende?*

Le tavoua yé hlia.

La mía está aquí.

¿A coué pénchá - vo?

¿*Qué piensa Ud?*

Aouá. ¿E le bótchio?

Es posible. ¿Y el buey?

Acheu!, má hoĩ parté hrit einchuéite.

También, pero yo partiré enseguida.

El patois se interrumpe por la llegada de un saboyano que en correcto francés pregunta:

Pardon, François, avez vous vu mon garçon? Il s'appelle Louis.

Perdón, Francisco, ha visto a mi muchacho? Él se llama Luis.

El coloquio continúa mezclándose las palabras con una sonoridad estridente elevándose el acento al máximo por el entusiasmo del encuentro y la seriedad de los temas que no impiden el

estallido de alguna carcajada subrayando el colorido de la conversación, matizándola cada tanto, con un reto al ladero que no se queda quieto y lanzando una feroz reprimenda por cada coz del potrillo sin experiencia del plantón y que ha seguido a la madre sumisa.

Mientras la algarabía aumenta bajo la arboleda y junto a los carros, dentro del negocio se desarrolla un verdadero conciliábulo babilónico que sólo emite ecos inteligibles con esfuerzo y voluntad ya sea en la discusión de precios, medidas y pesos, acotaciones sobre la mercadería, falla de la última semilla, calidad de los productos, así como también por la forma de pago, pues algunos lo hacen con patacones bolivianos, otros con pesos argentinos y muchos a cambio de varias docenas de huevos u otros efectos. En este entrevero, una voz potente sobresale como un estruendo desde el ángulo del gran recinto donde están expuestas las bebidas sobre un estante, con un mostrador de chapa al cual se adhieren sillas plegadizas de hierro y madera. Un alemán de tez rojiza, ojos celestes y barba rubia, muy corpulento, pasea su mirada sobre las botellas:

Für mich ein Glas Bier.

Yo quiero una caña de cerveza.

¿Und was nimmt der Herr?

¿Y Ud. Señor qué desea?

Bringen Sie eine Flasche Wein.

Deme una botella de vino.

Ist dieser Wein teuer?

¿Es ese vino caro?

Ja, er ist zu teuer für mich.

Sí, él es demasiado caro para mí.

Danke sehr.

Muchas gracias.

Y el diálogo continúa con los paisanos que se van acercando para calmar la sed con el trago que acaricia el espíritu y alegra el corazón.

¿Wie geht es Ihnen?

¿Cómo está Ud.?

Io sono italiano e lavoro in campagna.

Yo soy italiano y trabajo en la campaña.

Io non parlo tedesco, ma lo capisco un po'.

Yo no hablo alemán pero lo entiendo un poco.

Termina estas palabras y los parroquianos vuelven la mirada al que acaba de bajarse de un carro playero haciendo su entrada con saco de pana y gorro de piel. Está abrigado como para ir a Siberia: es un ruso de la colonia vecina de San Antonio que escapó de su país en la época de la persecución zarina y de vez en cuando viene a surtirse y herrar los caballos haciendo los cuentos de su patria que dejan sin aliento a los oyentes:

¡Zdravstvuitie!

¡Salud!

Desde el fondo alguien le responde levantando un jarro:

Za vashe sdorovie.

A su salud.

¡Prinesite, pozháluista butilku priva!

Una botella de cerveza, por favor.

Spasibo.

Gracias.



Pronto se normalizan las conversaciones en grupo predominando el “Merci” – Gracias, de los suizos franceses como si se estuviera en un mar en calma en que todos tratan de entenderse dentro de esa profundidad universal que es el habla con la facultad de acercar y unir a los hombres de otras partes para felicidad común, teniendo en cuenta que de la diversidad surge el poder creativo.

Así pensando, uno toma el camino de regreso a casa creyendo que en aquel Almacén de Ramos Generales ha quedado el mundo que puebla la tierra, pero se acerca un caminante con un canasto en cada brazo quien ha venido a la Colonia a hacer la América: ¡Beines y Beinetas! ofrece en claro léxico turco acriollado. Con razón los colonenses miran a la Plaza, llamándola, ¡Cosmópolis!

MANO A MANO

La Colonia está de fiesta. El domingo se presenta espléndido con un sol brillante y una brisa fresca que invita ir a las carreras. Llega gente de todos lados y de varios kilómetros a la redonda. Los jinetes aparecen con el pingo cepillado, bien tusado y el apero reluciente, las botas muy lustradas con espuelas recién puestas que atraen por el ruido que hacen al andar. El dueño se luce con su atuendo: bombachas tan anchas que flamean airosas junto al cuerpo, una rastra con monedas de plata en exposición permanente, camisa a raya con un pañuelo de seda bordado al cuello y un sombrero de alas anchas sostenido con un barbijo negro. En la mano porta una guacha, por las dudas, o un arreador, y en la cintura, el facón atravesado que impone cordura y respeto, asomando entre la faja negra, el mango de metal blanco y oro trabajado finamente por algún artesano de fama. De vez en cuando es acomodado de nuevo como queriendo impresionar por si alguien le puso el ojo, ya que esto suele ocurrir a menudo.

El espectáculo que se tiene preparado en el campo es imposible ser traducido en su totalidad. Se une la emoción de la disputa con el entusiasmo de los concurrentes, la algarabía de los grupos con los encuentros insólitos, los saludos explosivos con las miradas soslayadas y picantes, el abrazo enternecido con el chiste y la picardía. Además, el colorido de la fiesta es una música

ca que traslada a cada uno a un mundo inusual y de ficción. En minutos solamente han aparecido tantos concursantes y asistentes que se agota rápido la capacidad de asombro, optando por conservar un esbozo de sonrisa en forma permanente como parte activa del acontecimiento. La muchedumbre se desplaza tras algo que no descubre, va y viene con alegría, misterio y, también, un cierto nerviosismo que contagia. Algunos mastican tabaco mientras van armando el cigarro, otros se extasían con sus pipas heredadas que muestran con garbo y orgullo de patriarcas.

Examinando el conjunto en modo general, hay algo que atrapa y lleva a la descripción: la forma de pararse. El paisano adopta posturas propias al apoyar un pie adelantado sobre cualquier cosa flexionando una pierna, arqueando la espalda cabeza al frente, una mano en la cintura y el codo del otro brazo sobre la rodilla, sin soltar nunca ese tiento que sostiene el látigo, ni siquiera para doblar el ala del sombrero o acomodarse la decorada rastra. Pero de repente, se estira en toda su extensión humana para señalar al parejero que le han sacado ya la manta para ponerlo en la pista frente a su adversario, acaparando la atención del gentío. Dos hermosos animales han de medirse en velocidad sobre líneas paralelas hasta los trescientos metros señalados. Ellos están tan expectantes, briosos e inquietos como quienes los rodean. Sin dudas, las miradas penetrantes y agudas de los apostadores atraviesan sus fibras pues ahora el mundo está viviendo en la efervescencia hípica culminante. Por un lado, de la rama de un árbol los corredores dan su peso con un pilón. Parece que a uno le ha faltado kilaje pues se pone una cadena sobre el cuerpo y repite la operación con la aprobación satisfactoria del veedor. Por otra parte, el bandera atrae la atención pues de él depende la largada. Muchos se aproximan sigilosos a esta escena porque de ella puede darse el resultado, mientras que

buena parte de la concurrencia se va al final de la cancha para ver la llegada junto al sentencia. Con todo, la expectativa mayor está entre los fuertes jugadores: “voy diez pesos al tostado y doy luz”. Pasado un silencio prudencial, se oye como un estruendo la voz que redobla la cifra junto a un rebencazo acompasado en el suelo. Hay un coro de voces diversas en el ambiente que festejan o aplauden la apuesta para dar paso enseguida a un condicional tajante: “me arrimo con cincuenta y cante el que se anime las cuarenta...”. Todos se miran estupefactos porque a ese número ya se le respeta en silencio. Las miradas se cruzan tan significativas que voltean de paso. Un gringo de dos metros se acerca calladito y a paso medido, diciendo con acento tan pausado y sonoro como impactante: “me animo...”. Se enlazan miradas y sonrisas, y ambas cantidades se colocan debajo de un estiércol esperando la largada.

Tal vez la llegada del hombre a la luna no ha sido tan tensa como estas fibras plantadas frente a los pingos de carrera. Se agitan las guachas, que retumban por las botas, mientras todos acarician el cabo de plata que asoma por la cintura, como guiados por instinto defensivo. En eso, un griterío rompe el espacio y se prende en el pecho como un abrojo: el bandera, con perfil de maestro del ceremonial hace la bajada del lienzo que mantiene firme en su mano. La depositada (o sea, ya concertada) se ha lanzado mano a mano en lucha pareja. La salida permite adelantar un resultado incierto: los dos han soltado bien respondiendo al corredor respectivo y además, el trillo está bueno pues terminan de pasarle una piedra grande y chata, ida y vuelta, arrastrada por un caballo. Los parejeros, de pata y cuerpo finos, lustrosos y esbeltos impresionan como centella en la paralela y el repiquetear de sus cascos es sístole y diástole de la fiesta. La muchedumbre, exaltada en su algazara, alienta estruendosamente a los favoritos que en un suspiro se acercan al final junto con



sus fanáticos seguidores, quienes buscan la expresión del sentencia anticipando el veredicto. ¡Puesta, pa todos...! se oye decir.

El eco del resultado corre de boca en boca con la sorpresa de los que han visto el filo de un pelo más adelante que el del otro. Las expresiones más soeces, crudas y bárbaras se pronuncian con ademanes injuriosos. ¡Qué venga el veedor y haga justicia...! ¡Esto es un tongo machazo! ¡El fallo es un acomodo...! Todo esto matizado en color oscuro como el de los nubarrones antes de la tormenta. El clima se pone tenso y rígido bajo los chicotazos de los apostadores frustrados que regalan retos y desafíos por doquier. Giran los cintos en busca del facón que entra y sale de la vaina sin encontrar bien la ubicación definitiva. Un paisanito pecoso está trenzado por el suelo en trompadas acompañadas con su contrincante ocasional, acelerando la confusión de la gente apiñada que grita, disconforme y divertida, porque

ha estallado la revuelta al relampaguear por el aire una blanca hoja reluciente y lanzada en vacío. ¡Comisario, Comisario!... llama el concertador que ve la tarde entorpecida por tan poca cosa. La autoridad enseguida aplaca el desorden con una vuelta en su caballo: ¡Ha sido puesta, nomás...y que se apronten los que siguen... que la cosa se pone linda!

Tarde de carreras inolvidables por un tiempo sin límites.

LA COMPARSA

La tarde se ha vestido de domingo disfrazado y bullanguero. Se vive el carnaval presintiendo la comparsa, pues en cualquier momento ella llega con su magia saturada de color y mucho ruido festivo, que contagia y alegra hasta los más adustos. Las muchachas se han puesto sus vestidos de percal, polvo blanco y una flor en los cabellos. Van y vienen ordenando las cosas, cuidando siempre que quede un espacio amplio para bailar, conteniendo entre sonrisas y miradas la emoción de pensar qué figura masculina estará detrás del antifaz.

De pronto, se oye a lo lejos un acordeón contorsionado emitiendo notas deshilvanadas pero acompañadas por voces diversas en tono y emisión: ¡piu... ju... ju... vienen los mascaritos! Son anuncios cuyo eco repercute en cada casa pronunciados con énfasis y entusiasmo por dos razones: así se lo siente, y además, es necesario que la familia a la cual van a visitar se prepare para recibirlos en la mejor forma posible. En pocos segundos el ruido dislocado y bacanal se ha prendido de cada uno con fuerza grotesca y risueña porque el conjunto está en el patio, igual que aquellos contingentes que esperan en la aduana la visa para pasar, haciendo sólo un minuto de silencio mientras solicitan la autorización para la fiesta.

El espectáculo observado en la pantalla que el tiempo marca para la escena, es sencillamente grandioso y trasciende las fron-

teras de la imaginación. Han llegado en corceles hermosísimos con líneas domingueras y engalanados para la ocasión con frenos y estribos de plata junto a un apero impecable. Estos animales parecen partícipes del momento que viven los jinetes y contribuyen al lucimiento de los mismos con el porte magistral de una primer escuela. Hasta la larga cola y rizada crin han sido cepilladas durante los preparativos previos. Sólo uno se adelanta conducido por el maestro o director del grupo que lleva una careta de payaso, sombrero forrado con falletina roja y flores, camisa de fulgurante negro y verde con pantalón al tono, cargado de cascabeles que suenan a cada movimiento. Se enfrenta al dueño de casa con una seriedad descubierta sólo en su mensaje y actitudes: “pedimos permiso para bailar”. A lo que se le responde: “no hay ningún inconveniente siempre que haya respeto, mi amigo”. No se sabe quiénes son, pero está sobreentendido que pertenecen a la Colonia. Además, las mujeres solteras están ansiosas pensando en un posible hechizo que también aliviaría a los padres que esperan ver casadas a sus hijas.

Entonces se produce la algarabía lógica de esta vivencia del carnaval. Entre sonidos guturales imposibles de reproducir con la grafía, risotadas estruendosas, que se oyen en todos los oídos alertas de los vecinos, se apean con gracia de caballeros adquiridos a sueldo y atan sus caballos donde pueden. Se acomodan el sombrero como si en él radicara la razón de esa presencia justificada en las celebraciones dionisiacas, asegurándose la flor, prendida medio al descuido, por si hay que obsequiarla a alguna moza. Las caras están cubiertas en forma muy graciosa e imposible de identificar al portador. Si esto ocurriera, sería una tacha insalvable para el máscaro. Hay uno que se aferra al acordeón, arqueándola hasta el extremo de igualarla a un elástico con el que juega emitiendo rancheras interminables.

Los primeros que entran saludan con garbo al señor y la señora que se han sentado a manera de vigías en la puerta, dejan-

do detrás a las damas que comienzan a bailar. El jolgorio multiplica la alegría brotada a raudales en todos los rostros de la familia, salvo la criatura que se intimida ante esos centauros creados por tradición y a quienes no cuenta aún en su mente de niño. El que se queda sin compañera para hacerla girar entre sus brazos se ocupa de entretener al amo, quien no sabe si reír o guardar por las dudas esa seriedad en su rostro de patriarca inexpugnable ni siquiera ante las expresiones saturnales de circunstancias y aceptadas por la costumbre. La reunión se pone linda, y como la cortesía siempre rige aún bajo estas formas alocadas de la vida que permiten por un momento dejar de ser uno e interpretar otro personaje irreal y quijotesco, la madame que hace media hora está pasando revista a cada allegado y ha dado su aprobación a la comparsa porque en decencia y presentación no hay nada que decir, se levanta como distraída y va en busca de una bandeja de pasteles que tenía preparada por las dudas y comienza a convivir con un ceremonial tan justo para la ocasión que hace enmudecer. Luego repite la vuelta pero con una jarra de vino tinto y un vaso del cual beben todos exactos en la medida.

La tarde enmascarada y divertida ha llegado al punto culminante. Lo dice calladamente la mirada rígida pero cordial del padre de las muchachas quien estima que ya han bailado bastante. A buen entendedor, una voz desfigurada para no ser reconocida detrás de ese atuendo extravagante, da la orden de partida para poder ir a otra casa donde también se pueda festejar. Entre saludos y payasadas, cada uno monta su Pegaso y se alejan rápidamente con gritos y cascabeles hacia otra parte. La comparsa se va con sus músicas y disfraces. Ha cesado la risa porque esa transformación fugaz de la persona da paso a la tristeza. En la casa se miran unos a otros, sorprendidos: ¡Piu ju ju, llegan los mascaritos!... se vuelve a oír con emoción contenida.

Es otra comparsa que llega.

AL BAILE

La tarde del sábado se va esfumando con una euforia en el ambiente. Es que hay baile en la Colonia, y esto no es frecuente pues la Cuaresma, la lluvia o algún duelo impiden a las muchachas asistir a esta fiesta durante meses o hasta dos años y medio, si se trata de guardar luto por un familiar directo. Y este día se presenta pleno, sin impedimentos de ninguna índole, casi celestinesco en su complicidad con la imaginación.

El vestido está planchado desde la mañana y se agita en una percha colgada en la enramada para que se ventile bien de cualquier polilla que pueda habérsele prendido. Los rulos, hechos con tiras, son peinados al viento frente a un pequeño espejo colgado en el tronco del jazmín; la cara, muy lavada con jabón de olor usado solamente cuando uno va a salir, es sometida a una espesa capa de polvo blanco (Poudre de riz) con un poco de rouge y un lunar muy cerca de la sien.

Hay un revoloteo de mujeres mientras se arreglan en ese atardecer esperando la puesta de sol para partir, semejante a los arrullos de palomas o coloquios de cotorras, con sonrisas transparentes y una alegría que trasunta la arquitectura de esos cuerpos ceñidos para vestir de fiesta. Los grandes y los chicos se juntan para verlas en transfiguración asombrosa pues no parecen aquellas que deschalaban, ni tampoco son las mismas que carpían las papas sin cuidar las formas enfundadas para no quemarse

del sol. Nerviosas, miran a cada instante la desaparición de los rayos solares como reloj exacto.

En efecto, en este momento llega hasta el patio el hermano mayor manejando un carro playero al que le ha puesto dos travesaños para que ellas se sienten. ¡Vamos al baile! grita con voz ahuecada que todos escuchan rientes y ansiosos. Entonces las damas se ponen en fila para subir al carruaje, con mucha dificultad las de exagerado volumen, pues deben hacer equilibrio sobre un banquito y luego una silla antes de llegar a los asientos forrados con un poncho para preservar las polleras. Las vecinas se suman al grupo, así que van bien apretaditas con tal de que todos tengan lugar. La algarabía es contagiosa y el trayecto se cubre hasta la terraza sin sentirlo y con una emoción sin límites.

La llegada es sencillamente espectacular. Al bajar del carro se forma una hilera de mujeres precedidas por el varón que las ha conducido. Este es el único que paga la entrada, hecho lo cual se produce el acceso al recinto iluminado por las estrellas, algún farol, y cubierto en parte con un encerado. Los hombres, arrinconados o junto al poste, las miran una a una como si fueran de otro planeta y balbucean cosas que uno disimula haber oído: mirá la María, qué fierá la Juana, llegó el loro, me gusta la de colorau...

Todas se ubican alrededor de la pista, de pie para no arrugarse el vestido pero en primer lugar, para que los mozos las vean y las inviten a bailar. Sólo algunas madres que acompañan a sus hijas están sentadas en bancos largos contra la pared, con las niñas adelante. En sus faldas amontonan los abrigos, la pañoleta y la linterna que se les cae cada vez que se dormitan en esas largas noches de espera.

La orquesta, dispuesta sobre un escenario, comienza temprano la música con un paso-doble para levantar la reunión. A los primeros acordes, las muchachas sonríen y se arreglan el cabe-

llo, la cintura, el prendedor, haciéndose las distraídas pero esquivando al que no les gusta para aceptar una seña de as de espada o tirón de mentón que le hace algún caballero, quien a grandes pasos de ñandú se cruza la pista con intenciones de bailar. En un instante las parejas han cubierto totalmente el espacio posible con una animación singular. Pero siempre queda alguna pobrecita con la que nadie se atreve a probar suerte: o muy seria, o muy grande o muy fea. La madre desde el banco entra en franca desesperación: nena, reíte; andá más adelante; mirá a los hombres. Pensar que de estas pequeñas actitudes se tiene la posibilidad de casar a la soltera rezagada en el matrimonio. Sin embargo, se produce lo insólito que la protección materna no logra comprender. Esta sonríe feliz cuando se acerca un candidato dando su aprobación con una graciosa inclinación de cabeza, pero si a la hija no le gusta, es rechazado con un imperativo “tengo novio, no bailo”, y ya por el resto de la fiesta se pierde la ocasión.

A la media noche las señoras son invitadas con gran cortesía a pasar a la sala para tomar el chocolate. Éste hierve en grandes ollas sobre la cocina de leña. Un hombre vestido medio de pinta se ocupa de servir con un cucharón cada taza que se le acerca. Es el momento de los saludos de las comadronas quienes intercambian opiniones sobre el éxito de las hijas con un gran regocijo, imposible de disimular si ellas han bailado desde que llegaron sin perder una pieza. Esta media hora de ausencia es aprovechada por los mozos que se quedan parados al lado de la coquetona, desenredando un romance tan atropellado y folklórico que ambos configuran una estampa digna del recuerdo: él, en posición de descanso, con los brazos en jarra, tocándola a veces con el codo, y con el rostro tan cerca de ella que levantando una ceja por un lado y torciendo la boca por el otro, se encuentra irremediablemente prisionera. Mientras tanto, la bella se retuer-

ce sobre un taco al punto de quebrarlo, entorna los ojos como que no ve ni oye, se hace la ausente con el rostro impávido de las estatuarias de mármol, hasta que al fin, se sonroja algo, se estira un poco y sonríe mirando al suelo llena de vergüenza, porque lo ha aceptado. Ambos aflojan, entonces, las tensiones que se vuelven a extender y complicar cuando termina el chocolate y regresa la madre masticando un pedazo de galletita. Este es otro episodio con derivaciones sorprendidas según sea o no del agrado el caballero que ronda sobre la hija.

A las tres de la mañana en punto, la orquesta anuncia la última pieza después de varios tangos, vals y rancheras. Afuera está esperando el carro para regresar. La aventura del baile termina ahí, junto a esa rueda humedecida por el sereno de la noche a la cual se recuesta un rato el enamorado, para verla partir.

ENCUENTRO

El sendero vestido de gris pinta el invierno en sus desnudeces. Las acacias son ramas contraídas en su corteza sin ropaje ni sedas ni flor. Los vientos azotan los tallos que crujen como un cordaje enloquecido en un ritmo enmascarado. Ha helado tanto en la noche fría ensabanada de escarcha que la mañana demora en horas tan cortas que le marcan su fin.

El hombre cabalga mirando en torno a la naturaleza transformada, casi desfigurada por los elementos, y todo sorprende en este descubrimiento de las cosas cubiertas de blanco. En sentido contrario avanza el vecino con un sulky cuyas ruedas resbalan rompiendo esa superficie brillante y quebradiza. Ambos se detienen ante ese encuentro casual, alegrándose por el presente minuto reidero en que la vivacidad y ligereza de pensamientos corren más rápido que la liebre. Cada uno detiene el animal en invitación cordial y amistosa. El jinete afloja las riendas, apoya sus dos manos en el cabo del arreador, previo doblaje del ala del chambergo, mientras que el del carruaje encoge una pierna y apoya la otra en el borde del pescante, se acomoda el cinto y entona el pecho con fuerza devolviendo la amplia sonrisa que recibe con alegría.

—¡Te hacía en el infierno! —le dice a manera de saludo, a lo que el otro responde: —No, pues, le había aprontado un poncho para San Pedro, pero parece que el frío se ha asustado al verme!

Ríen con toda la frescura y la gracia chispeante de la picardía que aflora en esa mirada brillante y esquiva, pensando con rapidez y sentido humorístico las próximas acotaciones. Pero adoptan ambos una actitud tan seria y drástica, tajante como un filo de navaja, que hasta cambian el tono de voz volviéndose entristecidos y melancólicos: —¡Nunca en mi vida vi una helada tan grande! Cómo será que pasé con el sulky arriba del arroyo porque el agua está toda congelada. —En el rostro se marca una mueca de catástrofe: la boca, mitad sorprendida llega por un lado cerca de la oreja, y por el otro conserva la quietud de lo magnánimo.

Imposible superar la ampulosidad de lo dicho. El contrincante, muy listo y despierto, sigue tan serio como perro en bote, manteniendo la gravedad de la situación: —¡Oh, si no habrá sido grande la helada que hoy para ordeñar tuve que hacer fuego debajo de la vaca porque la leche estaba congelada en la ubre! —Se miran tras una carcajada barajada en el aire con una mano y espantada con la otra como quien se defiende de un moscardón.

Los cuerpos están distendidos como para seguir conversando. Tomando un puñado de maní que tiene en una bolsa: —¿Quieres probar los de la última cosecha? —Por las calorías que tiene es siempre un manjar muy apreciado, así que se le acerca diciendo: —Para mí la cola es pecho y el espinazo es cadera, si no tengo cuchara como con la espumadera —y empieza a devorar uno tras otro rompiendo las cáscaras con los dientes, las que son arrojadas hábilmente por un costado de la boca. Luego agrega: —Ahora que me acuerdo te voy a pagar la apuesta del domingo.

Con voz cantarina como retomando el hilo de las carreras y disfrutando todavía de las emociones de la llegada, dice: —Date vuelta cinto, lo de atrás para adelante, este mozo quiere plata y no quiere que le cante. —Y tomando unos billetes descoloridos y bastante rotos de un saquito de cuero, expresa cantando: —Vayan

saliendo y no pregunten cuántos son, cuando la plata se acaba se arregla con el facón.

Otra vez el estruendo de la risa es una cascada de felicidad que se irradia por el genio cordial y feliz de estos paisanos que disfrutan de la amistad. La conversación sigue con toda la amabilidad que uno se pueda imaginar, dándose las últimas noticias. —¿Supiste? —Los tres muchachones de la casita blanca tuvieron que ir al médico porque estaban todos estropeados. Le explicaron que se subían al peral más alto, aflojaban el cuerpo y se desplomaban hasta el suelo cayendo sentados. —¿Y por qué hacían eso? —les pregunta el doctor. Y en ese tono agringado, sin poder pronunciar bien la ere pues la arrastran hasta llegar a la ge, contestan: —Jugábamos a la pera madura. —El hombre, con toda la ciencia y respeto que le da su investidura debió contener la seriedad en un esfuerzo sin igual ante juego tan atolondrado. Por supuesto que los dialogantes del sendero emiten risotadas tan estridentes por la ocurrencia de sus vecinos que los equinos agitan sus orejas para cerciorarse del jolgorio de sus dueños en tan expansiva manifestación.

Pasado un instante se produce otra pregunta maliciosa: —¿Y qué tal van las cosas? —a lo que recibe enseguida una alocución disfrazada: —Como rata por tirante —y me acuerdo de aquella visita que le hizo un compadre de la ciudad al campechano de la chacra. Éste se vio algo homenajeado y distinguido por aquella presencia tan diplomática con su traje de etiqueta y zapatos de charol, que lo único que atinó a decirle fue preguntarle por su vida, a lo que le respondió muy compungido y con finas maneras: —¿Mi vida? Como esos lirios plácidos y yertos que crecen entre las tumbas de los muertos. ¿Y la suya? —Con la sonrisa amplia y mirando a la distancia como consultando al horizonte una respuesta más acorde que lo ubicara con precisión ante tanta



poesía, le contesta: —¿Mi vida? Como esas pelotitas negras y chatas que crecen entre los dedos de las patas.

Y, otra vez, se produce como un arranque primereando desde el estómago y sacudiéndose la humana contextura en tal forma, que las contracciones de los cuerpos parecen corcovos dándole salida suelta a la risa en cascadas contagiosas, compitiendo entre ambos la sonoridad tan fresca y cristalina de la alegría sin ambages. La naturaleza parece entrar en el juego de las palabras y las mímicas tan expresivas como insólitas, porque se respira

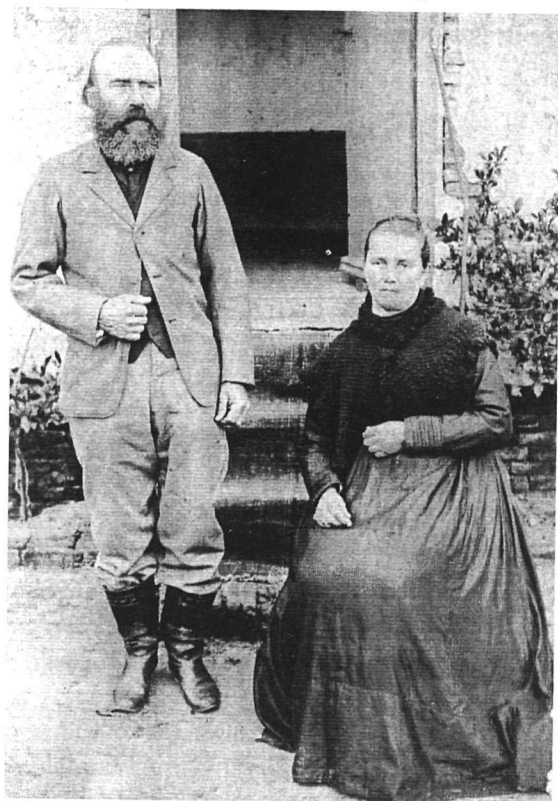
un aire puro y límpido como el blanco de la helada que se va haciendo trizas ante el sol que tiende su abrazo a la creación, oyéndose con potencia la despedida jocosa de dos hombres que se encuentran en el sendero de las acacias, riéndose felices y con simplicidad, cosa rarísima de todos los tiempos.

MUJER

La mujer del retrato: ella puede contar su historia y la de muchas. Peinada con una trenza recogida en la nuca, el marco de su rostro dulce tiene esa gracia dibujada como al descuido pero en trazos imborrables hasta el fin. Sonríe apenas como si la Monna Lisa multiplicara su misterio depositado en ella en similar postura; la mirada extendida en suave oleaje resplandece de luz y mensaje de amor. Del cuadro emerge con fuerza un halo de valor y un suspiro de paz capaz de atravesar generaciones que aún la contemplan bebiendo en su silencio un caudal de agua fresca.

Toda la vida de la Colonia puede contar, pero ya sin palabras. Criar los hijos, que llegan uno tras otro sin cálculos ni planeamientos futuristas, ha sido la obra suprema de este ser especial compenetrado con la familia y el desarrollo económico de su unidad territorial. Trabajar a la par del hombre unciendo los bueyes, manejando el arado, sembrando el grano que tendría que fructificar en superado porcentaje, han sido tareas habituales y aumentadas durante la cosecha.

Con polleras largas, blusa bien prendida, sombrero de paja trenzado a mano, han esbozado en el campo una estampa peculiar. El hacha o la azada son manejados como en juego de niños a igual que la cocina en la que deben hacer uso de ingenio para sortear obstáculos tremendos, como la carencia de elementos esenciales en la alimentación. Cuántas veces la falta de harina ha



debido subsanarse con batata asada en largos días de espera en que los reales no alcanzaban para su compra, o la leche que debía beber la prole se había volcado en un descuido debiendo acudir al agua dulce para los más pequeños.

Quién pudiera contar esas lágrimas derramadas a escondidas con dolor intraducible y de las cuales nunca se ha sabido la causa capaz de verter tantas y tantas, y sólo descubiertas por el distraído niño del cual se creía que nada sabía ni veía en esos casos de



íntima tristeza. Cuántas cosas puede contar la mujer del retrato. Sin dudas ha de repasar infinitas veces aquel viaje interminable cruzando mares y sueños, dejando a los seres queridos entre las montañas enraizadas en el alma y tejer aquí el manto con que cubriría su vida para que sus hijos tengan por siempre la mesa puesta.

Tal vez está hilando aquellos tiempos en que amar era como en las viejas novelas que leían los abuelos, un mandato paterno

al que había que aceptar sin divagaciones, o bien, el otro caso grotesco y brutal del atropello gaucho quien las sorprendía en su trabajo solitario de campo, sin defensa ni amparo ante el impulso del instinto que triunfaba dejando la huella del retoño que ambulaba luego con rasgos extraños en aquella familia rubia y de ojos celestes, como flores de lino. O aquella amiga que de pronto calló y volvió silenciosa y triste hermanándose a esos nardos que aflo- ran entre malezas en una exaltación estética de belleza singular con una condena implícita. Nadie ha podido leer en ese rostro, pero en una mañana de estío clavó la horquilla en la chacra desapareciendo un instante tan solo para no delatar el nacimiento del hijo que dejó en su lecho, y luego seguir trabajando en la cosecha junto a la imperturbable mirada de los mayores.

Cómo no recordar a través del cuadro aquella vida dura como las aristas de las piedras, pero piedras al fin, que florecían porque supieron ver detrás de las negaciones al horizonte límpido de su alma capaz de ternura dentro del sacrificio. Por eso el esbozo de sonrisa y un dejo feliz que trasunta el tiempo.

Acaso no fueron a los bazares de la escuela probando suerte con las cédulas, y coqueteando con las puntillas y encajes recién acabados mientras cuidaban las bestias para que no pasaran al sembrado, y terminaban la fiesta bailando espléndidas y radiantes luciendo su mocedad floreciente; acaso no pasearon en tardes de domingo visitando los amigos de la Colonia, tanto en carros como sentadas en caballos cuando llovía, gustando de los pasteles y los dulces de pera y durazno.

Todos los años iban a la Plaza en el día patronal mezclándose con la gente de la procesión religiosa o de la kermese organizada por las Damas de Beneficencia, y en el cruce de dos miradas furtivas un corazón se prendía del otro como una madrese- lva perfumada acercándolos al altar.

En el camino zigzagante de la vida ella ha sido el pedestal del edificio hogareño construido con prudencia y equilibrio,

callando, alentando, o sonriendo. En su papel de madre sufrida y valiente no existen mármoles ni bronces que pudieran responder con lealtad a semejante abnegación. Tal vez en el último beso dado antes de la partida definitiva se encuentre la esencia del monumento que cada uno ha de brindar a su recuerdo, desde lo más hondo de su ser.

En el retrato hay un rostro de mujer: María, Verónica o Magdalena. Ellas son páginas abiertas en la historia de la gesta colonizadora y, al observarlas con el sentimiento recostado en un ángulo cualquiera del pasado de la Colonia, no queda más que dejar escapar esa lágrima contenida por la emoción al saberlas fuertes en el surco de tantos arados, y a la vez frágiles en la intimidad de sus tristezas y soledades. En ambos casos, tiempo exacto para cuajar en flor. Casi una frase:

“Maman, j’ai commencé á te comprendre”, aflora despacio, pero sin voz.

UN ADIÓS

Él, tan fuerte y tan duro, se ha quedado solo. La compañera en sesenta años desde el día que se casaron ha partido definitivamente abandonando la vida de esta tierra por ley natural. Los hijos de una familia numerosa lo rodean, pero es difícil entender que aún así la soledad es intensa como la niebla de las mañanas de invierno y profundamente huérfana de todo en medio de un vacío abismal.

Los recuerdos se suceden como las cuentas del rosario. Cuando todavía la frescura de vivir los unía y leían las cartas de los que quedaron en las montañas e hilvanaban las lenguas de sus padres mezclando dialectos, sonreían ante la esperanza de los años pródigos, haciendo proyectos y compartiendo ilusiones. Iban juntos a la chacra, y el arado, la siembra y las mieses penetraron en sus días como un rezo. El descanso a su lado era el oasis de paz con murmullo de palomas y perfumes de jazmín. Todo ese tiempo que Dios ha permitido ha sido en comunión constante del uno para el otro. Pero hoy está prendido de esa ausencia irremediable buscando en la plenitud de una existencia octogenaria, un tronco de donde asirse.

Raíces paternas son regadas en su búsqueda inútil con algún lagrimón solitario que se pierde en ese rostro marcado por la muerte. Todos están en el cementerio bajo lápidas blancas sumidos en la eternidad. ¿Llorarlos? Ya no, pues las aguas corren en

esa dirección y es bueno que el encuentro se produzca, tan diáfano y cristalino como el abrazo materno y con la misma alegría con que se ha cruzado el cauce de la corriente.

Una guitarra y el canto tienden con armonía el puente hacia el ocaso, acercando las horas ya enlazadas con los que han sido. No tiene sentido esta soledad sin ella, y con ojos escatológicos y en calma, comienza a componer:

Ay... Ay de los que quedaron en Europa
tan lejos, sin verlos más,
no conocieron mi perro
ni mi caballo, jamás.

Singular meditación en la congoja que explica el contenido de tantos llamados a los parientes para que vengan a radicarse en la Colonia, sin intentar volver ni siquiera una vez. Guerras, aludes, piedras en la tierra que impedían trabajar: todo es un recuerdo adormecido en la feracidad de la parcela que ha brindado su bien y a la que se ha querido con un amor desbordante por todo cuanto ha dado.

La noche se va cerrando sobre la sangre que corre por las venas del abuelo. En cada atardecer se presiente el viaje sin regreso en busca de la mujer que ha querido para siempre y que llama con insistencia a través de ese cordaje paralelo:

Yo fui libre como el pájaro errante
y volé siempre feliz,
busqué a mi prenda querida
que hoy no está para mí.

Los inmigrantes han gozado de muchas libertades con una legislación protectora y beneficiosa que les ha permitido disfru-

tar de cada uno de sus puntos con satisfacción. Lejos de ataduras y prohibiciones ideológicas, sólo la palabra y la moral han formado pedestales incólumes en estas fuertes personalidades que conocieron horas de felicidad junto a los seres queridos, e imposible de no reconocer en circunstancias definitivas.

Por eso se oyen otras cuartetos lastimeras:

Estoy solo en este mundo
cantando mis penas;
con la guitarra lloro
pero también vivo con ella.

El canto es dolor y alegría en un justo equilibrio: para encauzar el trabajo, mitigar las penas, templar el alma y fortalecer el espíritu que a veces afloja misteriosamente en esta odisea del trasplante humano a través de una Colonia:

Ella se ha ido primero
y yo la seguiré,
no vale la pena vivir
desde que se fue.

Quién pudiera palpar esa ausencia, retener su figura por un instante y penetrar en las sombras de la mortaja rescatando quien fuera tanto tiempo la mujer del patriarca, tan sólo siquiera ver reflejarse la luz del universo en su mirada. Sesenta años juntos justifican la utopía octogenaria. Las manos callosas y frías todavía se deslizan lentamente sobre la guitarra:

Ahora soy como el pájaro herido
que cantando dejó de volar,
y cantando me entregaré a Dios
para verla cantando, y gozar.

Las palabras fluyen de un manantial insondable, abierto por
las letanías de las Parcas en su danza festiva:

Me voy... me voy...
¡Ay de los que quedaron en Europa!
Pobre mi madre querida, qué lejos estás.
Ya nos veremos todos, ¡ay!... ay... ah.

Los últimos suspiros se van extendiendo junto a los ayes casi
insonoros de la cantiga final en un abrazo largo, tan largo como
el tiempo sin horizontes. Se percibe un aletear de pájaros junto
al agua de una corriente mansa que se esfuma irremediamente
en el mar sin nombre de los que no vuelven, partiéndose el
cordaje que acompañara a un resto de vida al chocar sordamente
con el piso inmóvil.

Caen los párpados en peso mortal sobre el cristalino avizor
de otras épocas apareciendo una sonrisa dibujada en trazos de
eternidad, que bien se puede traducir como un Gracias prolongado
hasta el infinito. Alas batidas se han cerrado sobre su cuerpo
adormecido para siempre respirándose un adiós tierno y
dulce con manto de sudario, y al mismo tiempo, en conjunción
perfecta y armónica, exacto y preciso en la medida del dolor
sentido, un lamento canino se enreda junto a la sonoridad de un
relincho despidiendo al amo en sus maneras.

Adiós al abuelo. En la Colonia ha quedado un vacío, pero
seguro que allá está ella, y se habrán de encontrar como en aquella
tarde brillante de sol.

EPÍLOGO

Desde un ángulo de la vida se ha acercado el pasado de la campaña buceando en el fondo según las vivencias experimentadas en aquellos pasajes de la Colonia que ha quedado sin un esbozo siquiera.

Si en cada línea se trasunta el feliz encuentro georgicano con la tierra, los frutos, las cosechas, es porque en la balanza del tiempo el platillo se ha inclinado deliciosamente a coronar con el recuerdo a aquellas actitudes y trabajos en que el hombre ha gozado plenamente del esfuerzo cotidiano con esa satisfacción y complacencia que sólo se capta, viviéndolas.

Es cierto que el trago amargo no ha estado ausente en sus horas de infortunio según acontece a la humanidad sufrida que nunca está exenta del dolor, capaz de abrir heridas incurables. Cuántas veces el labriego se ha detenido en el surco, junto a los bueyes y al arado, para esperar respetuosamente que las campañas de la Iglesia doblaran a duelo al anunciar la muerte de un vecino, o también, oír los gritos de la mujer que llega corriendo para avisar que en la noche, han matado a su marido. Cuántas veces el fracaso de la siembra, el destrozo de la tormenta o el desborde del arroyo lo han sumido en la desesperanza, apurando el vaso, sin consuelo ni fuerzas para sobreponerse a los embates y contrastes inevitables. O aquella ignorancia costumbrista propia de la época en que los seres callan por pudor

dañando a los propios hijos, como cuando el párvulo que ha visto con simpleza dar vida al ternero, la oveja y a todos los animales, con la mente fija en lo desconocido, se acerca a la madre para preguntarle cómo él ha nacido, recibiendo por respuesta invariable que ha sido encontrado bajo un repollo, mientras un rubor descontrolado arrebatada las mejillas maternas con traducción de tálamo y sus nueve lunas. O aquel otro caso muy común en que llega un pariente lejano, rústico y tímido, pidiendo una hija para casarse. Ante un entendimiento de los padres, se llama a la adolescente soltera, diciéndole, simplemente: “te casarás con este hombre, le harás la comida y todo lo que él diga”. Sin mirarlo, inclina la cabeza asintiendo a la voluntad de los mayores. Al poco tiempo le confiesa a la madre el extraño desarrollo de su cuerpo y vientre abultado. Por toda explicación recibe como respuesta: “tendrás un hijo”. Ante el asombro inconsciente, sólo un silencio rubrica el nuevo estado de maternidad, principio de una larga descendencia. Rudeza, se dirá después.

Si que los habitantes de la Colonia han tenido sus momentos de amarguras. Sin asfalto, ni automóviles, ni energía eléctrica, ni teléfono. Pero no se puede añorar lo que no se conoce o no existe todavía. Y en esto radica esa felicidad campesina: gozar con lo que se tiene sabiendo que todo podrá algún día ser mejor.

Muchas cosas han sido hermosas entonces, como los sueños y las esperanzas, lo simple, lo cotidiano, la lucha, el fervor. El cielo y sus estrellas les pertenecen en su integridad sin que nadie les usurpe el brillo de la noche, siempre más expectante cuando más se lo observa. La hierba fresca y la sombra de los árboles se transforman en el más mullido lecho cuando el calor abruma en el estío; el agua transparente de los arroyos lleva en constante ofrecimiento la fertilidad de la costa mientras las lluvias mojan la simiente en caricias de gestación; las flores abren sus corolas

todos los días y los pájaros trinan despertando a los hombres en el amanecer. El frío los golpea y el viento los sacude: se van haciendo duros mientras se modela ese encanto de la vida sencilla del campo, capaz de una sonrisa ante la adversidad. La naturaleza se les da sin medidas en plena libertad llegando hasta muy hondo de cada corazón, nutriendo con sus frutos y sus fuerzas que ayudan a vivir. Además, la mesa grande que reúne la familia, el pan con el trigo que uno ha cultivado, el caballo que al ver a su dueño relincha en anuncio generoso de servir, el perro que espera con paciencia esa voz que los une, y todo ese mundo que conforma un entorno vital, hace crecer el amor a la tierra que se ha recibido en heredad y en la cual se trabaja todavía.

Ya no están los bueyes, ni el molino, ni la fragua. Otros caminos y otras rutas se han trazado en la Colonia, pero todos transitan bajo el mismo cielo que ha cobijado a este núcleo inmigratorio con el recuerdo prendido de raíz en el tiempo.

FUENTES Y OBRAS DE CONSULTA PARA EL ESTUDIO DE LA COLONIA SAN JOSÉ

- Archivo del Centro de Estudios Históricos de San José, Entre Ríos.
Archivo del Estado de Valais, Sion, Suiza.
Archivo del Museo Histórico Regional de San José, Entre Ríos.
Archivo del Palacio San José, Entre Ríos.
Archivo del periódico “El Entre Ríos”, Colón, Entre Ríos.
Archivo Histórico de Entre Ríos.
Archivo General de la Nación.
Boletín del Instituto de Historia Argentina Dr. Emilio Ravignani,
Buenos Aires 1970.
Carron Alexandre: Les 125 ans des colonies Esperanza, San José et
San Jerónimo en Argentine, en Annales Valaisannes, 2e série 58e
année, Saint Maurice, Suisse 1983, p. 113.
Carron Alexandre - Carron Christophe: “Nos cousins d’Amérique”,
Sierre, 1986, Suisse.
Conte Grand, Carlos: “Los italianos en tierras de Urquiza”, C. del
Uruguay 2003.
Guionet Héctor: “La Colonia San José”, Buenos Aires, 2001.
Guiot, Elena Aramburu de: La enseñanza primaria en, la Colonia San
José, Santa Fe 1987.
Libro de Oro del Centenario de la Colonia San José, 1857-1957, por
Comisión pro-conmemoración del Centenario de la fundación de
la Colonia San José, 1957.
Macchi, Manuel: Urquiza Colonizador, Buenos Aires 1949.

- Premat Claudio: Los "Pionners" de la colonización entrerriana. La Colonia San José, 1857 - 2 de Julio - 1915.
- Schobinger Juan: Inmigración y colonización suizas en la República Argentina en el Siglo XIX, Buenos Aires 1957.
- Vernaz Celia E.: San José y el Tiro 1859-1980, Concepción del Uruguay 1981.
- . La Colonia San José y la voz del Inmigrante, Santa Fe 1982.
- . Figuras Representativas de la Colonia San José, Santa Fe, 1983.
- . La Colonia San José y la Inmigración Europea, Santa Fe, 1986.
- . Papeles de un inmigrante, Santa Fe 1987.
- . Colón. Documentos para su historia. Santa Fe 1988.
- . Tiempos de Colonia. Santa Fe 1988.
- . Une Colonie Savoyarde. Savoie, France, 1989.
- . Le role de la femme dans l'émigration. Le Chable, Suisse 1991.
- . "Escritos". Santa Fe 1991.
- . "Colonies valaisannes en Argentine". Sion 1991.
- . ¿Quién mató al P. Cot? Santa Fe 1994.
- . Historia de San José y Colón, co-autor C. Conte Grand. Santa Fe 1997.
- . Juan José Durando. Una historia. C. del Uruguay 2000.
- . Los franceses en la Colonia San José. C. del Uruguay 2000.
- . Les français de la Colonie San José. Allinges, France 2002.
- . Alejo Peyret. C. del Uruguay 2002.
- . Urquiza en la Colonia San José. C. del Uruguay 2002.
- Wilken Guillermo: Las Colonias, 1872, Buenos Aires 1873.

ÍNDICE

Consideraciones generales	9
---------------------------------	---

Chacras

El surco	17
Maíz	21
Mate cocido en la chacra	25
La siega	29
La parva	33
La vuelta de la trilla	37

En torno a los animales

Las gallinas	43
Las siestas del verano	50
La langosta	54
La creciente y la tropa	57
Encerrando	61

Hogareñas

Oro blanco	69
El pan	73
Lanas	77

El molino	81
Holocausto de invierno.....	84
Lavar en el arroyo	88
La fragua.....	92

Sociabilidad

La mesa.....	99
A la escuela.....	103
La misa del domingo	107
Verrugas	111
Linyera.....	114
Los idiomas	117
Mano a mano	122
La comparsa	127
Al baile	130
Encuentro.....	134
Mujer	139
Un adiós.....	144

Epílogo	149
---------------	-----

Fuentes y obras de consultas para el estudio de la Colonia San José.....	153
---	-----

Se terminó de imprimir en abril de 2004
en los talleres gráficos de Edigraf S.A.,
Delgado 834, Buenos Aires, Argentina.

La autora nos dice en el primer capítulo de la obra: *"El placer de recordar, escribiendo, es la razón de los capítulos siguientes"*. De esta forma, recrea la historia de la Colonia San José, Provincia de Entre Ríos, y sus habitantes, en su origen franceses, suizos, alemanes y piemonteses, fruto de las corrientes inmigratorias del siglo pasado. A través de sus distintos capítulos, "Chacras", "En torno a los animales", "Hogareñas" y "Sociabilidad", la autora nos traza un panorama de la vida en la Colonia y muestra cómo las costumbres europeas son transplantadas al nuevo medio, aunque deben aceptar modalidades del país adoptado.

www.corregidor.com



CORREGIDOR